

EN EL INFIERNO MARCIANO

a. thorkent

CIENCIA FICCION

FABA

BOLSILIBROS BRUGUERA

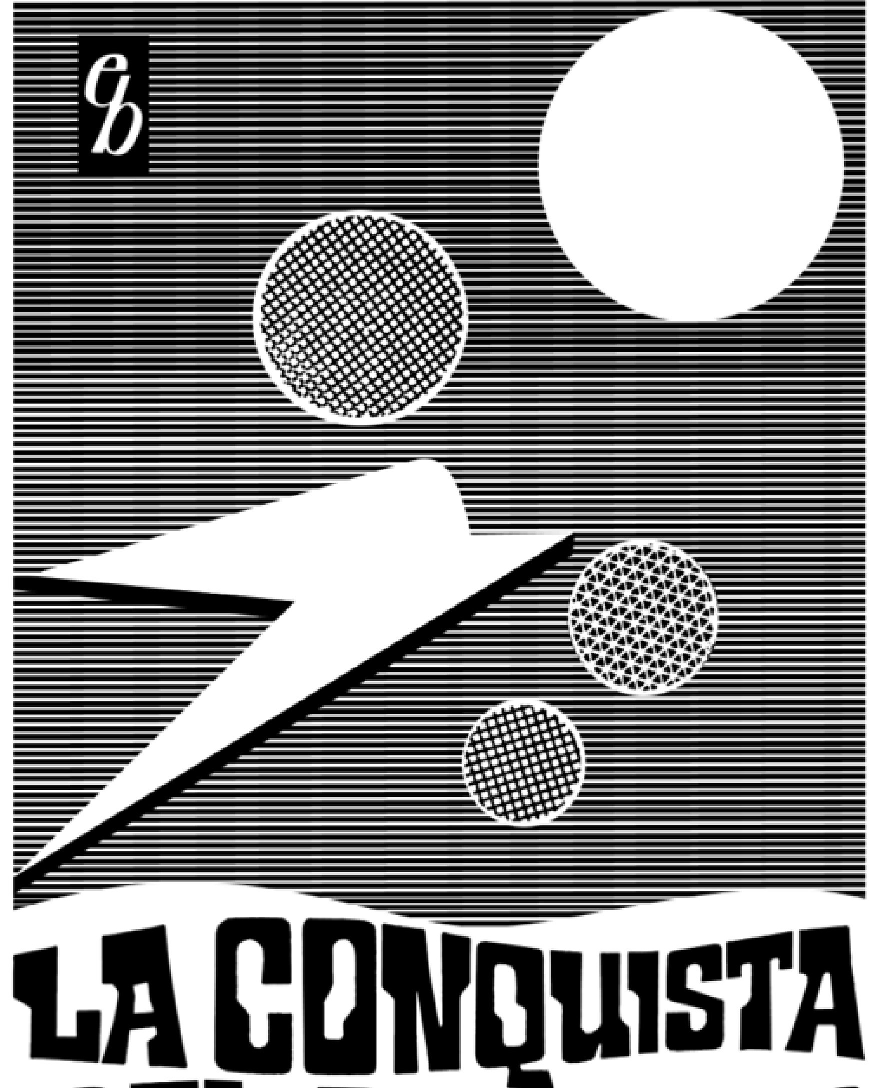
la conquista del ESPACIO

EN EL INFIERNO MARCIANO

a. thorkent

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

331. —El reparto, Marcus Sidéreo

1. — *Guerra galáctica,* A. Thorkent
2. — *Atacados en el espacio,* Alf Regaldie
3. — *Ciudad Omega,* Curtis Garland
4. — *"Micro-muerte",* Burton Haré

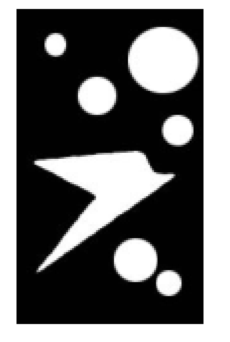
A. THORKENT

EN EL INFIERNO MARCIANO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 342

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 52.311 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: febrero, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Glenn Rulau se acercó a la mesa del aduanero, tosió para llamar su atención y esperó, dominando su impaciencia.

El aduanero levantó la mirada de la mesa y le observó, soltó un gruñido y pesadamente se dirigió hacia él.

—Aquí están todos los requisitos, amigo —dijo Glenn, extendiendo sobre la mesa la documentación—. Ea, fírmelos, llénelos de sellos y sea bueno conmigo, permitiéndome que me largue de este condenado lugar.

El aduanero echó un vistazo a los papeles. Sabía que estaban en regla, pero hizo perder a Glenn unos instantes. Luego empezó a ratificarlos, devolviéndoselos.

—Pues no debe ser tan malo este sitio, cuando viene tan a menudo —rezongó.

—Tengo que ganarme la vida; no conozco otra manera que venir aquí a verles la cara, de vez en cuando.

El aduanero se encogió de hombros, y regresó a su mesa de trabajo, aparentando gran interés por los papeles que sobre ella tenía

desparramados.

—Todos ustedes son iguales —resopló.

— ¿Qué quiere decir?

—Ya lo sabe. Se vuelven muy altaneros, los que han conseguido la ciudadanía terrestre —sonrió el aduanero, antes de agregar—: Otra cosa sería si tuvieran que continuar siendo nativos. Usted no se puede quejar, Rulau. Gana mucho dinero en cada viaje.

Rulau tomó los papeles y se los guardó.

—Me juego el tipo, y pierdo tres semanas en el espacio para seguir proporcionando energía en la Tierra.

Salió de la oficina, dando un portazo. Cruzó los pasillos y alcanzó el exterior. Miró de soslayo a los soldados armados hasta los dientes que montaban guardia en la entrada. El color verde y negro de sus uniformes le trajo desagradables recuerdos.

Fuera, le esperaba José Aznueta, a bastante distancia de los edificios administrativos del puerto espacial. Aznueta también había nacido en Marte, y podía respirar la tenue atmósfera, sin necesidad de los molestos filtros que terminaban deformándola con el constante uso.

— ¿Todo bien? —preguntó, colocándose al lado de Rulau.

— ¿Por qué no? Cada día que pasa se vuelven más quisquillosos, pero es algo normal, a lo que debemos acostumbrarnos. Las cosas no marchan lo bien que ellos quisieran. ¿Revisaste la carga?

—Claro que sí. Todo está correcto. Los indicadores están trabajando a la perfección, y los muros de protección son nuevos, como ya sabes.

—No quiero problemas. Recuerdo que el último viaje lo pasamos mal, a causa de la filtración de radiaciones.

—No me lo recuerdes, Glenn —suspiró Aznueta—. Creí que no podíamos concluir nuestro viaje. Rulau emitió una leve sonrisa.

—Esta operación nos saldrá redonda. Serán muchos miles de dólares los que conseguiremos de beneficios.

—Alguna vez tenía que ser. El último viaje apenas nos dio para

pagar las reparaciones de los muros de plomo.

—Olvida eso.

Sacó unos cigarrillos. Fumaron en silencio, mientras caminaban hacia el muelle donde permanecía posado el carguero. Dos patrullas se cruzaron con ellos, y ni siquiera desviaron la mirada. Las ignoraron simplemente.

—Alguien preguntó por ti —dijo Aznueta, de improviso.

—No puedo adivinar quién pudo ser.

—No te hagas el tonto conmigo. En Cooperville también quiso ponerse en contacto contigo.

— ¿Qué le dijiste?

—Por supuesto, que no podía localizarte.

—Bien hecho, muchacho.

—Tú sabes de quién se trata —protestó José—. ¿Es que ya no tienes confianza en mí?

—Porque la tengo, no quiero involucrarte en un asunto que sólo puede traerte complicaciones.

Aznueta sonrió.

—No me gustan los mártires. Debes contármelo todo. Al fin y al cabo, somos socios.

—Pero sólo en los negocios, no en los asuntos particulares.

—Tal vez pueda ayudarte.

—Lo dudo. El asunto se remonta al pasado.

—Voy entendiendo. ¿Quieres decir a cuando tú eras un ciudadano marciano?

—Sí. Eso debe indicarte que es mejor para ti no saber más.

—Insisto, de todas formas. Ese tipo que te llamó parecía muy ansioso. Dijo llamarse...

—Oscar Carmody —le interrumpió Glenn.

—Exacto. ¿Quién es? Nunca me has hablado de él. Pero creo que debe haber sido un buen amigo tuyo, cuando no has tenido la menor dificultad en recordarle. Al menos, él aseguró que habíais sido camaradas...

—Eran tiempos pasados, cuando yo era un joven romántico, que era capaz de creer en muchas cosas, en muchas promesas. Caí en la trampa, y lo único que obtuve fue la pérdida de varios años, los mejores de mi vida. Por suerte, comprendí a tiempo que estaba perdiendo mi oportunidad y rectifiqué.

—Su voz parecía muy preocupada, como si tú fueras su tabla de salvamento, la única que tenía a mano.

Glenn deglutió trabajosamente.

— ¿Estás seguro de que llamó desde Cooperville?

—Sí. ¿Significa eso algo importante?

—Oscar no debería estar ni un minuto en Cooperville. Allí su vida corre peligro, como todos los que pertenecen a Undermars.

Aznueta asintió:

—Voy comprendiendo.

— ¿Qué puedes tú comprender? Siempre viviste en Upmars, alejado de cualquier jaleo. Yo, en cambio, crecí en Undermars, en las colinas mineras. Mi padre se enfundaba cada día la pesada coraza que es preciso usar para bajar a las profundidades y extraer el mineral radiactivo. Y todo, a cambio de unos míseros dólares, que se llevaba el economato de la Compañía, con la misma rapidez que él los ganaba. Estaba bien atrapado. Yo no tenía otra salida que ser minero como él. Incluso estaba a punto de entrar a trabajar en la Compañía cuando aún no había cumplido los quince años. Aquello hubiera significado que mi vida no habría sobrepasado los cincuenta años. Mi padre murió antes de haberlos alcanzado. ¿Lo sabías?

Aznueta negó con la cabeza, A pesar de ser socio de Glenn desde hacía tres años, no conocía demasiadas cosas de su vida.

—Yo habría terminado igual, de no ser por una persona que se hizo cargo de mí, cuando mi padre se quedó un día enterrado a tres

mil metros de profundidad, junto con otros cien compañeros. Aquel hombre me llevó a Cooperville, me ingresó en un colegio y evitó que me utilizasen, como a otros miles, para seguir proporcionando comodidades a los ciudadanos de la Tierra.

— ¿Quién fue ese individuo?

Glenn tardó unos segundos en responder:

—Oscar Carmody.

* * *

Glenn estaba abandonando la cabina de mando, después de dejar conectado el piloto automático, cuando Aznueta casi tropezó con él, al entrar.

—Toma —le tendió un sobre cerrado, añadiendo—: Lo entregaron al sobrecargo, minutos antes de despegar. Pensé que no deberías leerlo hasta que estuviésemos en camino.

Rulau lo tomó, y leyó su nombre escrito en el anverso del sobre. Aznueta le observaba fijamente, y comprendió que su amigo había identificado la letra.

— ¿Oscar? —preguntó.

—Sí —replicó secamente, mientras se lo guardaba en el bolsillo trasero de su traje de navegante.

— ¿Es que no sientes curiosidad en saber lo que dice?

Glenn le dirigió una mirada iracunda.

—Puedo decirte lo que está escrito, sin necesidad de abrirlo.

—Está bien —replicó José, encogiéndose de hombros y haciendo un gesto para entrar en la cabina de mando.

Pero Glenn le agarró por un brazo, haciéndole volver.

—Puedo adivinar lo que estás pensando.

—Está bien —respondió Aznueta, liberándose de la mano de su socio—. No me importa nada de lo que te ocurrió en tu juventud.

Glenn movió la cabeza, sonriendo amargamente.

—Crees que soy un miserable, que me niego a ver al hombre que me impidió bajar a la muerte lenta que supone trabajar en las minas del sur. Pero tengo mis razones para actuar como lo hago.

— ¡Oh, vamos! No tienes que justificarte conmigo.

—Pero quiero hacerlo. Escucha, en mi camarote tengo aún un poco de "Bourbon". ¿Te apetece un trago?

—Es ilegal llevar bebidas alcohólicas en una nave —le recordó Aznueta, guiñándole.

—Es para uso medicinal.

—Es mi turno y...

—Tengo el corrector de vuelo conectado. Y Lewis está ahí. No tenemos que preocuparnos. Vamos.

En el reducido camarote de Glenn, con dos vasos llenos de "Bourbon", éste dijo:

—Tengo la conciencia tranquila. Cualquier tipo decente tenía que corresponder al favor que recibiera, como lo hizo Carmody conmigo. Pero yo se lo pagué con creces —Glenn bebió un trago—. Fue cuando comenzó la revuelta, con todas las consecuencias que trajo. En una ocasión, salvé de morir a Carmody. Entonces no le di importancia. Lo hubiera hecho, una y mil veces. Los acontecimientos posteriores me fueron produciendo un cambio en mi forma de pensar. Me asqueé de todo. Lo que poco antes me parecía lícito y decente, se trocó en un montón de porquerías. Así, cuando la resolución de la Unión de Naciones, decidí acogerme a la ciudadanía terrestre.

—Yo siempre la tuve —dijo Aznueta—. Mis padres me trajeron a Marte cuando tenía catorce años, y no me convertí en residente fijo, a pesar de las ventajas que entonces se lograban. Siempre me mantuve al margen de todos los acontecimientos.

—En cambio, yo tomé parte activa en los medios subversivos —masculló Glenn—. Pero nunca fui localizado por las fuerzas represivas. Tal vez por mis pocos años. Carmody insistió en llevarme con él al sur,

a Undermars, al ganarse la independencia. Aún no sé explicármelo, pero dije que no. Oscar se marchó, muy desilusionado conmigo. Luego, cuando las cosas se calmaron por un corto espacio de tiempo, volví a verle en tres ocasiones. Me insinuó que los jaleos volverían a comenzar, que lo obtenido por los hombres de Marte no podía satisfacerles. Aún quedaba una amplia zona del planeta bajo el dominio de la Compañía. En realidad, el tratado había sido sólo una treta para reducir a los partidarios de la independencia en la parte más inhóspita del planeta, y hacerles aparecer ante la opinión pública de la Tierra como unos indeseables. Oscar me dijo claramente que yo debía tomar una decisión. Los neutrales terminarían siendo enemigos de los dos bandos. Había que decidirse. Entonces fue cuando me acogí al decreto, y me convertí en ciudadano terrestre, embarcando en el primer transporte que pude.

"Creo que tú también tuviste problemas en los primeros meses que pasaste en la Tierra. La readaptación de una persona que ha permanecido tanto tiempo en Marte es, dura. La presión, la gravedad y tantas cosas que son diferentes en la Tierra, nos obligan a hacer un gran esfuerzo de voluntad para conseguir vivir allí. Pero yo estaba decidido a olvidarme del planeta rojo, de todo lo que allí estaba pasando —sonrió, irónico—. Pero la vida tiene sus paradojas. Lo único que encontré, para ganarme la vida, después de terminar mi período de reacondicionamiento, fue un puesto de navegante en un carguero. Y precisamente en un carguero que se dedicaba a transportar a la Tierra el mineral radiactivo, causante de todo el conflicto. Fue una ironía del destino.

Aznueta se llevó el vaso a los labios, mirando, a través del cristal, la figura distorsionada que se le ofrecía de Glenn.

—Sin embargo, ahí comenzó tu suerte.

—La nuestra, querrás decir —rectificó—. El capitán se puso enfermo y, cuando estábamos a punto de entrar en órbita marciana, nos topamos con aquel pecio, repleto de mineral. La recompensa fue suficiente para poder adquirir nuestro propio transporte, ser independientes.

—Es algo que también debes agradecer a los hombres de Undermars. Ellos dispararon contra aquel carguero, cuando cruzó su espacio vital. Los tripulantes estaban achicharrados, en la cabina.

—Seguían produciéndose las paradojas —rezongó Glenn.

—Indirectamente, volvías a estar en deuda con tus antiguos compatriotas.

Glenn le miró ceñudamente.

—Yo nunca me he considerado como un hombre de Undermars. ¿Qué culpa tuve de que mi padre, al emigrar de la Tierra, llegara al Sur y en seguida hiciera suyas las ideas políticas de sus habitantes?

—Ese tal Oscar Carmody debe pensar lo contrario que tú.

— ¿Por qué?

—A pesar de los años transcurridos, sigue confiando en ti. No dudó en darme su verdadero nombre, cuando estaba tratando de localizarte, a pesar de que sabía el riesgo que corría. Seguramente, las autoridades de Upmars se sentirían muy satisfechas de atraparle.

—No lo dudes. Es, mejor dicho, lo fue, uno de los más allegados consejeros de Lee Carty. Y eso lo sabe el Gobierno de Upmars.

Aznueta emitió un prolongado silbido.

—Lee Carty, el prisionero más célebre de toda la historia.

—Aja. Por todo eso no es preciso que lea la carta de Oscar para adivinar lo que él pretende de mí.

—La verdad es que mentiría si te dijera que no me importa nada de este asunto. Es que, sencillamente, me muero de curiosidad.

—Lo comprendo. Los hombres de Undermars empiezan a temer por la suerte de su causa, si Lee Carty sigue siendo prisionero de Upmars.

— ¿Y Carmody...?

—Sí. Oscar Carmody ha intentado proponerme que le ayude en una misión de locura, en algo que es un suicidio.

Sacó la carta del bolsillo, rasgó el sobre y tendió el pliego a Aznueta. Cuando su socio lo hubo leído, sólo pudo asentir en silencio.

— ¿Me equivoqué? —preguntó Glenn, empezando a romper en pedazos muy pequeños el papel.

Aznueta negó con la cabeza.

—Me temo que no. Aunque no claramente, el mensaje parece insinuarte algo parecido. Glenn volvió a llenar los vasos. Dijo: —Olvidemos eso.

CAPÍTULO II

—Ahora podemos descansar un par de semanas, antes de volver a efectuar otro viaje —dijo Glenn, complacido, permitiendo que su socio terminase de verificar el balance.

José asintió, y guardó los papeles en la carpeta, dejándola sobre la mesa.

—Ojalá el próximo cargamento sea tan bueno como éste, que las mimas no dejen de funcionar.

—Esperemos que los problemas estén resueltos cuando volvamos. Ya sabes que los gastos se incrementan demasiado con muchos días de permanencia en los muelles, esperando la mercancía.

—Sí, las bonificaciones no llegan para cubrir los excesos. Lo ideal es llegar al puerto, cargar y largarse en pocas horas. Sólo así se puede ganar dinero. Estaba pensando...

Glenn dejó de sonreír, y miró preventivamente a su compañero.

— ¿Qué?

—Cuando nos marchamos, había suficiente carga. Quizá cuando

regresemos, las cosas hayan empeorado y el suministro haya dejado de fluir. Entonces...

— ¿Es que estás insinuando que nos elevemos en seguida?

—Bueno, no inmediatamente, pero sí dentro de dos o tres días.

—De ninguna forma. Le prometí a Diane que la llevaría a pasar doce días, al menos, a alguna isla a disfrutar del sol. Si ahora le digo que no podrá ser... No quiero ni pensarlo. Bastante soporta con mis ausencias de cinco semanas. Y la próxima vez no volveremos al espacio hasta que haya transcurrido un mes. Podemos permitirnos ese pequeño lujo.

—Glenn, no podemos dejar que la competencia nos haga sombra.

—Escasean los buenos cargueros de material radiactivo.

—De todas formas...

Aznueta se interrumpió cuando el zumbido de la mesa de Glenn le advirtió que su secretaria quería ponerse en comunicación con él.

Glenn movió el mando del intercomunicador, y la chica le dijo:

—La señorita Diane desea hablarle.

—Ponga la comunicación —se volvió a Aznueta y le dijo—: ¿Lo estás viendo? Aún queda más de una hora para reunirme con ella, y ya está impaciente.

Aznueta suspiró y cruzó los brazos.

La pantalla se iluminó, y apareció el rostro de Diane. Era una bella chica, rubia y esbelta. Aunque Glenn sólo podía ver su rostro, recordó con nostalgia su bello cuerpo.

— ¡Hola, encanto! —saludó Glenn. En seguida la notó un poco preocupada, y arrugó el ceño.

—Glenn, toda la mañana ha estado llamándome un individuo. Quería saber a qué hora regresarías.

— ¿Quién era? —preguntó Glenn, enviando una rápida mirada a su amigo.

—No dejó su nombre. Tampoco vi su rostro porque me dijo que estaba llamando desde una cabina pública, que tenía el sistema visual estropeado. Al parecer, estuvo buscándote en la ciudad, en la antigua dirección donde tenías la oficina.

Glenn se mordió el labio inferior. Apenas hacía un mes que estaban en el nuevo módulo, situado en el más reciente edificio del centro comercial de la ciudad. Aquellos a quienes no había advertido del traslado, no podían saber la nueva dirección.

— ¿Le dijiste dónde estoy ahora? —preguntó.

—No.

Glenn pensó que Diane, además de ser muy bonita, no era nada estúpida. Había hecho bien.

—Entonces, no te preocupes por ello. Estaré contigo antes de una hora.

—Estupendo —sonrió Diane—. Te tengo preparada una sorpresa. No tardes. Te quiero.

Glenn hizo un gesto con los labios, enviándole un saludo. Cuando la pantalla se apagó, ante la mirada irónica de José, tosió e hizo girar el sillón.

— ¿A qué viene eso de que estarás con ella en una hora? —preguntó su socio.

—Ese tipo sabe dónde vive Diane, y que yo estoy allí en mis días de descanso. La cabina desde donde llamó puede estar en la ciudad, a poco más de dos horas, de la casa de Diane e incluso más cerca. Quiero ir allí cuanto antes.

—Pero las nóminas...

—Tú puedes pagar a los muchachos. Madeleine te ayudará. Ella sabe todo lo concerniente al asunto —dijo, levantándose.

— ¿Crees que sea Oscar?

— De ninguna forma. Oscar habría dado su nombre.

— ¿Entonces?

Glenn se encogió de hombros.

—No lo sé —se dirigió a un archivo, y abrió el primer cajón. De él sacó una pequeña pistola, que se guardó en el interior de la chaqueta.

Aznueta soltó una maldición y exclamó: —No olvides que estamos en la Tierra. Sólo en Marte te sirve el permiso para el uso de una pistola. Ten cuidado.

—No pases cuidado por mí. Hasta luego.

Salió del despacho. Se detuvo unos instantes ante la mesa de Madeleine para darle instrucciones. Los muchachos se presentarían en la oficina, antes de una hora, para cobrar sus honorarios. Le dijo que José le ayudaría.

Luego, entró en el ascensor y se dirigió al sótano. Mientras la cabina descendía velozmente a través de los treinta pisos, Glenn se estaba preguntando quién podía ser aquel que intentaba localizarle con tanta insistencia.

Apenas hacía diez horas que habían llegado a la Tierra. Todo el día lo había pasado ocupado del desembarque de los cilindros de plomo. Después de recoger el cheque de la Compañía, junto con José, se dirigió a las flamantes oficinas, en donde estuvo hasta entonces, ocupándose de formalizar los libros de contabilidad. En el puerto espacial sólo se permitió unos minutos de descanso para llamar a Diane, anunciándole que iría a verla a las cinco de la tarde. Ella no se había extrañado, cuando dijo que estaría en su casa una hora antes de lo previsto.

En la oficina, aprovechó para ducharse con abundante agua, después de tantos días en el espacio, en que tema que hacerlo con líquido convertido. Se puso un traje limpio, y estuvo pensando que pronto estaría con Diane, que seguramente le habría preparado una estupenda cena, con una buena botella de champaña en la cubeta con hielo. Diane era romántica, en ocasiones, y seguramente habría puesto velas en la mesa.

Pero el recuerdo de aquel hombre hizo que los agradables pensamientos desaparecieran. No quiso dar su nombre ni tampoco dejarse ver. No creía en el cuento de que el sistema visual estuviese estropeado.

En el sótano, se dirigió hacia el lugar donde había dejado aparcado su coche. Buscó las llaves, y soltó una maldición. Con las prisas, las había olvidado en la oficina.

—Señor Rulau —escuchó que le llamaban, y se volvió.

Era el encargado del aparcamiento.

—Siento molestarle —dijo el hombre—. Pero iba a llamarle porque su coche impide que el del señor Torper pueda salir. Vendrá dentro de poco, y se pondrá como una furia. ¿Es que no se dio cuenta que le bloqueaba la salida?

Glenn soltó un gruñido. Habían llegado desde el puerto del espacio en su coche. Miró el de Aznueta, que estaba un poco más allá. José siempre dejaba las llaves en un escondite, junto a la guantera, y la puerta abierta.

—Escuche, Jeremías —dijo Glenn, tratando de ser amable—. Tengo una prisa enorme. Usaré el coche de mi socio. Yo olvidé las llaves del mío en la oficina, ¿Por qué no sube a buscarlas y coloca bien mi coche?

El vigilante contuvo el gesto de contrariedad, cuando le hizo entrega de un billete de veinte dólares.

—Oh, señor Rulau, no debía... Muchas gracias.

Glenn entró en el coche de su socio. Mientras buscaba la llave de contacto, rogó que Aznueta no hubiera olvidado su costumbre. Habría tenido que subir de todas formas, perder unos minutos y los veinte dólares que le había entregado a Jeremías.

Pero las llaves estaban en su sitio. Puso el motor en marcha, y se dirigió a la salida. Tuvo tiempo de ver cómo el encardado entraba en un ascensor para ir a buscar las llaves de su coche.

Mientras conducía por las amplias avenidas de la ciudad, volvió a meditar en las misteriosas llamadas que Diane había tenido, poco antes. Ella no le dijo cuántas habían sido, pero debieron ser más de una. Al parecer, aquel tipo tenía demasiado interés en verle. Volvió a preguntarse quién podía ser. Carmody, por supuesto que no, por la simple razón que no había tenido tiempo material de ir a la Tierra.

Conectó la radio, y la música que estaban transmitiendo cesó para dar un boletín de noticias. La voz del locutor narró los acontecimientos ocurridos en Marte, durante las últimas horas. Volvió a insistir en que el suministro de energía, de la que tanto dependía la Tierra volvía a correr peligro. En las fronteras meridionales, la actividad de las tropas era grande, temiéndose que, de un momento a

otro, quedase rota la tregua.

A pesar de que la Compañía estaba amparada por el Gobierno de la Tierra, las noticias se filtraban fácilmente. Los paros en las minas del norte eran constantes. Los agentes de Undermars se: estaban moviendo con eficacia, y produciendo los disturbios que precisaban para hacer caer el gobierno títere de Upmars. Los mercenarios recién llegados de la Tierra eran los únicos capaces de controlar la situación, en los enclaves del norte. El locutor terminó preguntándose cuánto tiempo podía durar aquella situación, y si la facción independentista más moderada sería, al final, la que terminaría haciéndose con el poder de un Marte totalmente libre.

A continuación, un economista comentó los efectos que causaría en la Tierra si los moderados derrotasen a los ultras y al gobierno que quedaba adicto a la Tierra en el hemisferio norte del planeta rojo. Aseguraba que los suministros seguirían llegando a la Tierra, incluso con más rapidez y aumento de cantidad. En cambio, cabía el peligro de que éstos disminuyeran o subieran de precio, si los ultras fuesen los que se alzasen con la victoria.

Glenn apagó el radio, enfadado. Las noticias no eran alentadoras. Si se comportaba con fría lógica, debería esperar, antes de iniciar un nuevo viaje a Marte. El plazo de dos semanas que se había fijado para empezar el trabajo podía ampliarse a más de un mes. E incluso varios.

Entró en la autopista. Aumentó la velocidad, alcanzando los ciento cincuenta kilómetros por hora. El auto respondía dócilmente a la "presión del acelerador. Su pequeño motor, accionado por el combustible que él y otros miles de naves transportaban desde Marte, hacía posible aquella maravilla. Unos gramos eran suficientes para poder recorrer miles de kilómetros. El problema de la energía en la Tierra se acabó, hacía años, con el descubrimiento de los grandes yacimientos de materia altamente fusionable, que, una vez tratada, era totalmente inofensiva. Cuando se extraía y llevaba a la Tierra, su grado de radiactividad era elevadísimo, pero luego, se quedaba reducido a cero, al procesarlo químicamente.

Pero los marcianos se cansaron de trabajar para que la Tierra prosperase, gracias a una energía poéticamente gratis. Ellos querían su parte, que el planeta que habían adoptado como suyo recibiese la ayuda precisa para completar su transformación, conseguir una atmósfera similar a la terrestre, y eliminar los grandes desiertos, con sus peligrosas tormentas de arena.

Desde hacía años, se luchaba en Marte. Por un lado, la poderosa Compañía Energética luchaba para no perder sus privilegios. Aunque se concedió la independencia a la mitad sur del planeta, los nativos y viejos colonos no estaban conformes. Seguían luchando para eliminar del hemisferio norte o Upmars los restos de la colonización de la Compañía.

La guerra en Marte fue un conflicto extraño, con cortes períodos, en los cuales los hombres lucharon. Más que en el campo de batalla se luchó políticamente, con la secuela de intrigas en las ciudades y enclaves mineros.

El grupo que combatía por usar las fuentes de energía de Marte para ejercer coacción a la Tierra, era combatido por los sectores más pacíficos, que abogaban por un entendimiento con la Tierra, por una convivencia pacífica, de la cual todos debían beneficiarse.

Glenn apartó sus pensamientos. Había echado un vistazo al espejo retrovisor, y descubierto un veloz coche azul, que parecía seguirle. Lo estaba haciendo desde que había entrado en la autopista, y no se despegaba de él ni un metro de los cien que parecía haber elegido para seguirle.

Deliberadamente, aminoró la velocidad, a pesar del gran deseo que sentía por llegar cuanto antes a la casa de Diane.

Cuando el coche azul también disminuyó su marcha, ya no tuvo la menor duda de que le estaban siguiendo. Debían haberle estado esperando cerca de la entrada de la autopista. Aquello parecía indicar que, si desconocían la situación de su nueva oficina, sí sabían cuál era el camino que tomaría para reunirse con Diane.

Estaba llegando a la desviación que debía tomar para dirigirse hacia la casa. Abandonando la autopista, la carretera, antigua y poco frecuentada, era estrecha y poco aconsejable para viajar sobre ella a demasiada velocidad.

Contraviniendo todas las leyes de circulación, Glenn hizo virar el coche bruscamente, entrando en el desvió. Su perseguidor hizo rechinar los frenos, y a duras penas consiguió seguirle.

Había conseguido ganar unos metros, aumentando la distancia que le separaba del coche azul en unos doscientos metros. La estrecha carretera. Flanqueada de bosques, podía ser un lugar ideal para perderle de vista. Glenn la conocía al dedillo.

Los ocupantes del coche azul debieron comprender que no podrían, por mucho tiempo, seguir detrás de él. Aumentaron la velocidad tanto como pudieron, jugándose la vida en cada cerrada curva. Glenn los vigilaba por el retrovisor. Sonrió. Estaba seguro de que no podrían continuar a aquel ritmo, por mucho tiempo.

De pronto, escuchó un estampido y el cristal trasero pudo detener el proyectil, pero se astilló, quedándose Glenn sin visión trasera. Ya no podría saber si les dejaba atrás o conseguía ganar terreno.

Volvieron a sonar más disparos.

Glenn pensó que pretendían reventarle un neumático o… ¿por qué no? Matarle allí mismo, en aquel solitario paraje, podía ser la verdadera intención de sus perseguidores.

Intentó pormenorizar los detalles de la carretera, cómo era cada curva y recodo en los próximos kilómetros. La casa de Diane ya estaba cerca y, por nada del mundo, quería presentarse allí con aquellos asesinos a su espalda.

Apretó los labios, después de calcular que los barrancos se iban a presentar de un momento a otro. Tenía que desembarazarse de sus perseguidores allí mismo, no después de rebasarlos.

Apretó el acelerador, el coche pegó un salto brusco y aumentó la velocidad, saltando como un caballo salvaje sobre el pavimento. Era la parte peor conservada de la vieja carretera.

Cuando Glenn empezó a distinguir el comienzo de los barrancos, un nuevo disparo pasó a pocos centímetros de su cabeza, golpeó contra el cristal delantero y lo convirtió en una materia opaca.

CAPÍTULO III

Diane Coogan escuchó el chindo de frenos y se asomó a la ventana. Aunque era pronto aún, pensó que podía tratarse de Glenn.

Un coche se había detenido al otro lado de la casa, a la derecha de la entrada principal. Recordó que había dejado abierta la entrada del jardín aquella mañana, cuando estuvo arreglando los rosales.

No podía tratarse de Glenn porque él siempre llevaba el coche directamente al garaje. Se sintió preocupada, recordando las llamadas anteriores. Aún no había pasado una hora desde que Glenn le aseguró que estaría con ella en ese espacio de tiempo.

Cruzó el salón, y se dirigió a la puerta. En aquel instante, sonó la campana, y Diane se detuvo, indecisa. Fue hasta el visor, y lo conectó para comprobar la identidad del recién llegado.

— ¿Qué desea? —preguntó, al tiempo que miraba unas facciones delgadas, pertenecientes a un hombre de edad madura.

—Lamento molestarla, señorita Coogan —dijo el hombre—. Sé que Glenn Rulau vendrá aquí, y deseo esperarle, si es que a usted no le importa.

— ¿Glenn le citó aquí?

—No. Pero estoy seguro que se alegrará de conversar conmigo.

— ¿Quién le dio esta dirección? ¿Acaso usted llamó hace unas horas?

—Sólo conocía la situación de esta casa, señorita, que por cierto está muy apartada de las rutas. El código del visó fono lo ignoraba.

— Lo siento; pero no puedo permitir que entre —dijo Diane.

—No debe temer nada de mí, señorita. ¿Por qué no llama a la oficina del señor Rulau? Si él no está allí ya, su socio, José Aznueta, le dirá que puede confiar en mí. Mi nombre es Joffrey Hunt. Claro que si prefiere que espere aquí fuera...

Diane apretó los labios. La casa era segura. Si ella no abría la puerta, difícilmente aquel tipo podría forzarla. Y las ventanas estaban construidas a prueba de balas. Vivir en un sitio tan solitario tenía sus ventajas, pero también sus inconvenientes, si no se tomaban medidas contra los rondadores.

—Espere un instante —dijo, volviéndole la espalda y dirigiéndose hacia el visófono.

Cuando apenas había terminado de pulsar las teclas, un leve rumor a su espalda le hizo volverse.

Aquel hombre estaba ya dentro, bajando los dos escalones del salón... Diane observó que la puerta estaba medio abierta.

—Lo siento, pero Aznueta no podrá garantizarme. Ni siquiera ha debido oír hablar de mí a su amigo Rulau.

— ¿Qué pretende usted? —le espetó Diane. No quería precipitar las cosas, terminando de establecer comunicación con la oficina de Glenn. Pensó que el hombre podía ser peligroso.

—Nada, no tema. .Esa puerta es muy buena, pero yo sé cómo abrirlas científicamente —se sentó tranquilamente en uno de los sillones, y empezó a encender un cigarrillo—. Ahora verá que mis intenciones son pacíficas. Sólo quiero ver a su novio.

Diane sonrió, decidida a no mostrar el menor síntoma de miedo.

—Está bien. ¿Quiere tomar una copa?

—Un whisky, por favor. Hace años que no lo pruebo.

—Caramba. ¿Viene de algún hospital, donde se lo prohibían?

—No. En Marte es muy caro, imposible de conseguir.

* * *

Glenn apretó los labios. Pisó el freno, abrió la portezuela, y saltó justo a tiempo cuando el coche empezaba a deslizarse por la pronunciada pendiente.

Se incorporó en seguida, y corrió hacia la ladera del monte. Apenas se hubo refugiado entre los árboles, cuando el auto perseguidor hizo su aparición, doblando la curva y haciendo sonar estridentemente los frenos, levantando una nube de polvo.

Glenn empuñó la pistola y le quitó el seguro, observando cómo del coche bajaban dos hombres. Vestían trajes grises y eran altos, moviéndose con agilidad felina hasta el borde del barranco por donde su coche se había despeñado. Un tercero quedó frente al volante.

Aquellos hombres hablaron, pero, debido a la distancia, no pudo enterarse. El que estaba en el interior del coche les; gritó algo, y los dos empezaron a bajar por el barranco.

Glenn arrugó el ceño. Cuando vieran que él no estaba entre los restos del vehículo, empezarían a buscarle. Tenía que actuar antes de que regresasen.

Caminó sigilosamente, dando un rodeo para acercarse al coche parado por la parte trasera. El ocupante estaba distraído observando el lugar por donde habían descendido sus compañeros. Fuma.ba nerviosamente, y tenía la puerta entreabierta, con yin pie en el suelo.

Glenn le puso el cañón de la pistola cerca de la oreja izquierda, diciendo:

—Salga muy despacio, amigo.

El hombre dejó caer el cigarrillo, y empezó a salir. Cuando estuvo fuera, alzó un poico los brazos.

—Ha sido muy listo, Rulau, pero creo que está cometiendo un error. Nosotros no prebendemos hacerle daño alguno —dijo el hombre, empezando a volverse un poco.

—Sí, tenía el claxon estropeado, y por eso me dispararon, para advertirme amistosamente que me detuviese —dijo Glenn, con sorna —. No se vuelva.

—Tenemos algo que decirle… —el hombre calló cuando la palma extendida de Glenn le golpeó en el cuello.

Antes que terminase de caer, le tomó por los brazos y le apartó del coche. Estaba entrando, cuando los dos tipos surgían del borde del barranco. Uno de ellos se percató en seguida de lo que estaba pasando, y alzó su arma.

A través de la abierta ventanilla derecha, Glenn le disparó. Escuchó un grito, y el hombre dio un brinco, cayendo al vacío. El otro rodó por la cuneta, y efectuó dos disparos. Los proyectiles se estrecharon en el suelo, a causa de la precipitación. Glenn se echó a lo largo del asiento, y buscó a su enemigo. No podía poner el coche en marcha, y correr el riesgo de que el otro le agujerease las ruedas, en aquella estrecha carretera, con el precipicio a su derecha.

Cuando se estaba levantando para emprender una carrera hasta los árboles de la ladera, Glenn le disparó tres veces. Le vio rodar por el polvo, observándole hasta que se quedó totalmente quieto.

Exhaló un suspiro, y buscó la llave de contacto. Estaba puesta, y la hizo girar. Entonces pensó que el conductor podía crearle complicaciones. Le miró. Estaba moviéndose un poco, recuperándose del golpe recibido. Se había arrastrado hasta delante del coche.

Glenn dio marcha atrás para poder esquivarlo. El ruido del motor pareció acelerar la recuperación del hombre, que se arrodilló, mirándole furiosamente. Su mano se hundió en la sobaquera, y la sacó, amartillando una pistola.

El coche estaba a unos veinte metros del sujeto, que ya empezaba a tomar puntería contra Glenn.

Rulau introdujo la primera marcha, y aplastó el pedal del acelerador. El coche chirrió y avanzó contra el tipo, quien al vérselo venir corrió para apartarse, hizo dos disparos que se perdieron en el aire, y gritó cuando el vehículo se le echaba encima.

Glenn cerró los ojos en el instante que el cuerpo salía rebotado, caía sobre el polvoriento suelo de la carretera y rodaba un par de metros. Por el espejo retrovisor, alejándose, pensó que debía estar tan muerto como sus otros dos compañeros.

Agitó la cabeza, buscando la necesaria serenidad que precisaba para conducir por aquellos parajes. Todo había ocurrido demasiado aprisa, desde que saltó del coche de José Aznueta. Pero aquellos individuos estaban decididos a matarle, y él sólo había luchado por su vida.

Más calmado, Glenn se colocó un cigarrillo entre los labios, y utilizó el encendedor del salpicadero. Al dejarlo en su soporte, se fijó que la guantera estaba abierta. Se dijo que, cuando llegase a casa de Diane, la inspeccionaría.

Tomó el siguiente desvío, y aminoró un poco la velocidad. Entre los árboles, pudo distinguir la silueta de la casa. Al acercarse a ella, descubrió el auto detenido cerca de la entrada, y frenó. No era el de Diane, sino de un modelo que sólo utilizaban las casas de alquiler.

Salió del coche y empuñó la pistola, caminando hacia la casa, evitando que pudiera ser descubierto desde el interior, a través de las ventanas. La puerta estaba semiabierta, y atisbo al interior. Vio a Diane sentada de espaldas a él. Parecía conversar con alguien que tenía la cara vuelta,

Entró en el salón con la pistola levantada, dirigiéndola hacia el desconocido. Entonces Diane le oyó, y se alzó del sillón. El hombre se movió, y Glenn pudo verle el rostro.

— ¡Hunt! —exclamó, bajando el brazo armado—. Joffrey Hunt.

— ¿Le conoces? —preguntó Diane, corriendo a su lado.

—Ya le aseguré que Glenn me conoce perfectamente, señorita —sonrió Joffrey—. Mientras te esperaba, intentaba tranquilizarla, Glenn.

— ¿Fuiste tú quien ha estado buscándome esta mañana, el que llamó por visófono a Diane? —preguntó Glenn, y estrechando la mano que Hunt le atendía.

—No, desde luego. Me dieron tu dirección, pero esa oficina la habías abandonado hace unas semanas. Sólo conseguí sacar la dirección de esta casa. Me perdí tres veces, antes de dar con ella.

Glenn había guardado la pistola y secado el sudor de su frente con el dorso de la mano, aceptando el vaso de whisky con hielo que le había preparado Diane.

—Glenn, ¿qué te ha pasado? —preguntó Diane, descubriendo el polvo que manchaba el traje.

—Luego te lo contaré, cariño —replicó Glenn, besándola.

Se sentaron. Glenn miró largamente a Hunt. Hacía muchos años que no sabía de él. Si alguien le hubiera dicho que le volvería a encontrar en la Tierra, le habría tildado de loco.

— ¿Cómo has podido llegar? —le preguntó.

—Pasaporte falso, cara cambiada. Pero adopté mi verdadero

aspecto, antes de venir hacia aquí.

Glenn suspiró.

—No sé qué demonios pasa, pero, desde que llegué, todo el mundo parece tener un interés inusitado por mi persona.

—Me imagino que no soy yo sólo quien desea verte —sonrió Joffrey—. ¿Podemos charlar un rato… a solas? —preguntó, mirando significativamente a la muchacha,

—Esta es la casa de Diane, y no tengo secretos para ella —dijo Glenn.

—Oh, yo tengo que hacer algunas cosas. No os preocupéis.

—Sigue sentada, cariño —le pidió Glenn—. Antes que Hunt empiece a hablar, debo decirte que él fue quien sacó a la luz pública a Lee Carty. Es decir, que fue su consejero, mentor, etc.

Diane se limitó a asentir. En otras ocasiones, aunque tenía noticias, Glenn le había hablado mucho del jefe de Marte, Lee Carty.

—Bien, Gleen. Tú no eres ningún tonto, y tal vez estés empezando a adivinar lo que quiero de ti.

—Pero es mejor que lo digas tú.

—Sé dónde tienen encerrado a Lee Carty.

—Entiendo —asintió Glenn—. Y estás pensando en mí para que te ayude a liberarlo, ¿no?

—Así, parece muy sencillo. Efectivamente. Tú eres uno de los pocos hombres que pueden conseguirlo… con mi ayuda, claro.

—En Marte, Oscar Carmody quiso ponerse en contacto conmigo. Estaba en el Enclave Tres.

Hunt movió la cabeza,

—Arriesgó demasiado, estando allí.

—No más de lo que tú arriesgas ahora.

—Soy menos conocido e importante que Carmody, Glenn. ¿Adivinas lo que Carmody quería de ti?

Glenn se encogió de hombros.

—Entonces creí que se trataba de algún favor como, por ejemplo, sacar del planeta a un perseguido importante. Pero ahora creo que él también quería mi colaboración para liberar a Lee Carty.

—Efectivamente. Pero las intenciones de Carmody son distintas a las mías.

—Antes, erais buenos amigos.

—Las cosas cambiaron. Los acontecimientos hacen que los camaradas recelen unos de otros. Carmody tiene sus ideas y yo, las mías. Ahora, lo importante es sacar a Lee de su prisión en seguida. No tenemos mucho tiempo. Antes de un plazo fijo, tiene que estar de nuevo en libertad.

— ¿Crees que la libertad de Carty lo arreglaría todo, en Marte?

—Desde luego. Desde hace tiempo, está prisionero en algún lugar de Marte, que se mantiene en secreto por las autoridades de la Compañía Energética.

—Nunca se atreverán a matarle.

Hunt se agitó en el sillón, nervioso.

—Es posible que estén pensando que, con su muerte, obtendrían una gran ventaja.

—Tonterías. Que Carty siga con vida es lo único que evita que los ultras se hagan con el poder total de Marte. A la Compañía le interesa que Carty siga vivo, incluso dejarle libre, si las cosas se ponen mal y Marte termina consiguiendo la total independencia.

—Pero hay otros que tienen mucho interés en que Carty muera, y, si es en la prisión, para así culpar al gobierno títere de Upmars y a la Compañía, mejor.

Glenn miró a Hunt. Lentamente, preguntó:

— ¿Puede ser Carmody uno de esos interesados?

—No estoy seguro todavía de los pensamientos de Carmody. Por un lado, no le creo capaz de desear la muerte de un antiguo camarada de los viejos tiempos, cuando la rebelión era aún un pensamiento quimérico.

—Sin embargo, otras personas deben pensar lo contrario.

— ¿Quiénes?

—Los que han intentado...

Glenn se detuvo cuando el zumbido del visófono sonó. Se levantó hacia el aparato, indicando con un gesto a Diane que él se encargaría de contestar.

— ¿Por qué no le dejan en paz? —preguntó Diane a Hunt—. ¿Por qué recurren a él para ese trabajo?

—Porque sólo Glenn es capaz de sacar a Carty del lugar donde le tienen encerrado.

— ¿Cómo es eso?

—Es Glenn quien debe explicárselo, señorita. Yo no debería…

Glenn había regresado de la mesita donde estaba el visófono. Tenía el semblante preocupado. Encendió un cigarrillo, y dijo gravemente:

—Antes, iba a deciros que unos tipos intentaron liquidarme cuando entré en la carretera vieja. Tuve suerte, y me deshice de ellos. Pero ahora me ha llamado José Aznueta para decirme que me he librado de saltar por los aires, al tomar el coche de él, en lugar del mío. Cuando el encargado del aparcamiento puso en marcha el motor explotó una carga. Esa carga estaba destinada para mí.

Hizo una pausa y, adelantándose hacia Hunt, preguntó:

— ¿Quién sabía que tú ibas a pedir mi ayuda para liberar a Lee Carty, Hunt? Cuando vieron que yo tomé otro coche, me siguieron los que estaban esperándome ¿Son los mismos?

CAPÍTULO IV

— ¿Qué piensas hacer?

Glenn escuchó la pregunta de su amigo Aznueta, pero tuvo que mover la cabeza negativamente y responder:

—No lo sé. Todo esto resulta demasiado complicado.

—Niégate rotundamente.

—Puede resultar fácil para ti, pero no para mí.

—No me lo has contado todo.

—Todo lo importante, sí. Carmody me hizo un hombre, evitó que me obligasen a trabajar en las minas, cuando las condiciones en ellas eran infrahumanas. Le debo mucho.

—Pero no quisiste verle, en Marte...

—Creo que cometí un error. Debí haberle escuchado, comparar sus opiniones con las de Joffrey Hunt.

—He oído hablar mucho de Lee Carty y de Carmody, pero muy poco de Hunt. ¿Quién es?

—Desde que Lee entró en la política marciana, siempre ha sido su guardaespaldas, o tal vez su consejero particular. Hunt nunca se separó de Lee hasta que éste desapareció, hace algún tiempo, después de conseguir el sur marciano la independencia. Luego llegó la noticia de que Lee estaba prisionero de la Compañía.

—Creí que era Oscar Carmody el lugarteniente de Carty.

—Sí, a la vista de todo el mundo. Oficialmente, era el segundo jefe de la revolución, pero Hunt siempre estaba detrás de Carty, cuidándole como si de su hijo se tratase.

Salieron del carguero, el cuál habían terminado de revisar. En cada viaje tenía que realizarse una inspección a fondo para asegurarse de que no quedaba en las bodegas el menor rastro de radiaciones. Se dirigieron lentamente hacia los edificios administrativos del campo.

—Siempre he pensado que ese Carty es un tipo excepcional —dijo Aznueta—. También le sirvió bastante el estar rodeado de una aureola de misterio en su persona.

—Es cierto —asintió Glenn—. Nadie sabe si nació en Marte o en la Tierra. El caso es que era un minero más en la mina más peligrosa del meridiano. Se supo granjear la amistad de sus compañeros, primero, y luego la más grande admiración. Sus discursos eran célebres. Enardeció a los mineros, a los ciudadanos de las ciudades, les hizo ver que ellos eran marcianos, que no debían consentir ser explotados por la Tierra. Lo que Marte entregaba a la Tierra para que continuara siendo próspera ro era adecuadamente pagado. Marte precisaba más atención del Gobierno, de la Compañía Energética. Lee afirmó que, en pocas décadas, Marte podía poseer suficiente oxígeno y agua para derrocharlos. El dinero que la compañía obtenía debía ser invertido en Marte.

"Su programa era sencillo y audaz, a la vez. Supo rodearse de todos los descontentos del planeta, y comenzar la rebelión con probabilidades de éxito. Nunca quiso hacer uso de la violencia, y eso le valió para que, años después, la Unión de Naciones no tuviera más remedio que buscar una solución. Pero como todas las soluciones en las que hay que contentar a dos partes, ninguna de ellas quedó satisfecha. La Compañía perdió medio planeta, y casi el cuarenta por ciento de las explotaciones, al crearse el gobierno títere de Upmars. En el sur, la República de Undermars anunció, apenas se proclamó la independencia, que ellos no dejarían la lucha hasta que Marte formase una sola nación.

"Personalmente, Carty, en el apogeo de su popularidad, lanzó su programa político. Dijo que los marcianos querían tener buenas relaciones con la Tierra, y que mantendrían los precios de la energía al mismo nivel que los de la Compañía. Rechazó las propuestas de algunos de sus compañeros de gobierno de suspender los envíos. Aunque los sublevados no llegaban a tener el cincuenta por ciento de la producción total, si se producía el embargo, la Tierra se hallaría en dificultades. Lee no quería enfrentamientos, sino resolver los problemas por la vía pacífica. Había habido ya suficientes víctimas en las escaramuzas y ejecuciones por parte de las tropas de la Compañía. Lee añadió que, con los beneficios que se obtuvieran, podrían empezar

con sus planes de readaptar la climatología del planeta. Esperaba que, cuando los resultados empezaran a surgir las naciones terrestres terminarían forzando a la Compañía a abandonar el resto del planeta.

"Pero Lee desapareció un día, y empezaron a correr los rumores de que se hallaba prisionero en algún lugar de Upmars, en poder de los sicarios de la Compañía. El hecho no ha sido reconocido por el gobierno títere de Upmars, pero es evidente que así es. La Compañía debe pensar que sin el jefe de la revolución, Undermars se desintegrará como nación, y volverá a apoderarse de toda la superficie, volviendo a controlar la energía que se envía a la Tierra.

"Una junta del Gobierno de Undermars se hizo cargo del poder, pero las cosas están revueltas en el sur. Un gran número de sus habitantes quieren invadir el norte, con el fin de rescatar a Lee. Pero la cuestión, es que nadie sabe dónde está Carty. Todo son especulaciones. El lugar donde está encerrado es un secreto.

"Pero me temo, José, que no sólo los dirigentes de la Compañía están interesados en la desaparición de Lee, sino que también existe una fracción en el sur que vería con buenos ojos que el hombre que les hizo independientes no viviese más. Son los que piensan que, controlando el suministro de mineral a la Tierra, podrán incluso imponer su voluntad en este planeta. Tal vez sean más peligrosos, incluso que los componentes de la Compañía.

—Entonces, ¿el mensaje que recibiste de Carmody no te decía que él precisaba tu colaboración para salvar a Lee?

—Sí. Todavía no estoy seguro si Carmody está de parte de Lee Carty o de los intransigentes del sur.

—Pero si nadie sabe dónde está Lee...

—Carmody afirma saberlo.

Aznueta se mesó el pelo.

—Tienes razón al decir que todo está complicado, amigo. Pero ¿por qué tú? ¿No existen miles de voluntarios en el sur de Marte, capaces de ir a rescatar a su jefe?

—Seguro que sí. Sobrarían esos voluntarios. Pero la dificultad radica en que Carmody no quiere confiar en nadie sino en mí. Y tiene razón. Parece que el sitio donde está Lee sólo puede ser encontrado por él y por mí.

—No lo entiendo…

Glenn sonrió.

—Así, parece imposible de creer, pero es sencillo. En realidad, parece ser que ni la Compañía ni el gobierno de paja de Upmars saben ahora dónde está Lee. Cuando el comando que enviaron al sur le cogieron prisionero, llevaban órdenes estrictas de confinarlo en un lugar desconocido por todo el mundo e inaccesible. El jefe del comando era un tipo que colaboró antiguamente con Carmody, pero que terminó pasándose, por dinero, a la Compañía. Se llamaba Carl Monut. Cuando recibió la orden de la Compañía de secuestrar a Lee, él puso sus condiciones. Lo llevarían hasta un lugar que sólo él conocía. Ni siquiera sus hombres lo sabían entonces. Secretamente lo preparó, y allí deben estar ahora.

—Pero la Compañía debe saberlo…

—No. Cari dijo que, cuando la Compañía pensase que había llegado el momento de matar a Lee, él cogería la orden por las emisiones normales de televisión. Sólo tenían que dar, a determinada hora, una palabra clave, en medio de los anuncios comerciales. Después de matar a Lee, llevaría su cuerpo a la capital de Upmars, en donde los jefes de la Compañía decidirían. A cambio de ese trabajo, Cari recibirá un buen montón de millones, con los que podrá comprarse una identidad nueva y poder disfrutarlos.

— ¿Cómo lo sabe también Carmody?

—En realidad, Carmody lo ha adivinado cuando averiguó, hace unos días, quién fue el jefe del comando que secuestró a Lee. Al saber que se trata de Cari Monut, creyó estar seguro de poder rescatar a Lee con vida. Carmody, Cari y yo estuvimos una vez en aquel paraje, situado en lo más inhóspito de Marte.

— ¿Qué piensas hacer?

Glenn movió la cabeza.

—No lo sé aún, la verdad. Carmody quiere que le ayude a rescatar a Lee. También Hunt quiere hacer lo mismo, pero él no puede adivinar el lugar, y por eso precisa de mi ayuda, Y ya sólo faltan los que quieren impedir que yo intervenga. Deben haberse producido filtraciones, espías que rodeen a Carmody o Hunt. El caso es que no me dejarán tranquilo nunca. Me temo que, para volver a encontrar la tranquilidad, seguir siendo un navegador como hasta ahora, no voy a

tener más remedio que adoptar una decisión.

—Bien. Tenemos a dos tipos que solicitan tu colaboración para rescatar a Lee Carty. Dejemos ahora cuáles puedan ser sus móviles, y pensemos que son honestos. Pero ¿qué me dices de los que intentaron matarte por dos veces? La primera vez tuviste la suerte de olvidarte las llaves de tu coche; pero el encargado pagó las consecuencias. Y del segundo intento resultaste ser el hombre más afortunado del mundo, aunque a cambio yo también perdiera mi coche. ¿Quiénes son esos individuos?

—No lo sé. Hunt dice que tampoco, aunque yo creo que él sí puede decir algo al respecto, pero prefiera callar. ¿Agentes de la Compañía? Es lo más probable.

—Creo que debes manifestar públicamente que no quieres mezclarte en ningún asunto, Glenn —dijo Aznueta, preocupado—. Eso alejaría a todo el mundo de nuestro alrededor. Piensa que incluso Diane puede correr peligro.

—Es cierto. Quizá te haga caso —asintió.

Entraron en la parte del edificio donde ellos disponían de un pequeño despacho. A lo largo del pasillo, había docenas de puertas que correspondían a las oficinas en el puerto espacial de las diversas compañías que trabajaban para transportar el mineral de Marte.

En el interior estaba Lewis. Diane se levantó, alborozada, al verles entrar, se abrazó a Glenn y dijo:

—Es una gran noticia, cariño — y le tendió unos papeles.

— ¿Qué es esto?

—El borrador para un contrato por seis meses. Es una oferta estupenda. Si lo firmas, trabajaréis por medio año para un solo cliente en exclusiva, con más beneficies que si lo hicierais para la Compañía —explicó Diane.

—Un momento, un momento —dijo Glenn, sentándose junto a una mesa y empezando a leer—. Déjame que vea la letra menuda. ¿Quién ha traído esto?

—Yo, señor Rulau —dijo un hombre, saliendo de detrás de unos archivadores. Era alto y fuerte, de unos cuarenta años. Mientras se acercaba, los socios sonreían ampliamente. Parecía ser un alto

ejecutivo.

—Es el señor Sear, de la General Manufacturera —le presentó Diane.

— ¿Es usted quien hace esta propuesta? —preguntó Glenn, ceñudamente.

—Bueno, es la Compañía que represento. No sé si habrá tenido tiempo de leer que queremos contratar sus servicios por seis meses, lo que representan seis viajes a Marte. Pero si ustedes pueden hacer esos viajes en menos tiempo, no tenemos inconveniente en que el contrato quede concluido incluso antes de tres meses. Les pagaremos tres veces lo normal.

— ¿Por qué hace eso? —preguntó Aznueta—. Nadie regala así el dinero. ¿Cuál es el truco?

Sear rió fuertemente, mostrando su blanca dentadura.

—Es lógico que sean desconfiados. Puedo explicárselo todo, señores. Mi Compañía dispone de un cupo de energía para un año, pero colocada en la Tierra. En cambio, si nosotros vamos a Marte por ella, la Compañía Energética nos entregaría el mineral en bruto en el tiempo que necesitásemos, incluso con un sustancioso descuento. Nuestro deseo es tener en la Tierra, al pie de nuestras fábricas, ese mineral antes de cuatro meses.

—De todas formas, perderán dinero...

—No. Ustedes saben que la situación en Marte es complicada. Es posible que falte energía en breve. Nosotros tendremos para dos años, incluidas nuestras reservas, si ponemos en la Tierra el cupo otorgado. Como verá, no somos tan generosos como pueden suponer. La General Manufacturera está a punto de lanzar al mercado una serie de productos, en los que ha invertido mucho dinero para su desarrollo. Si nos falta el suministro energético, será nuestra ruina. No nos importa, por lo tanto, pagarles tan bien.

—Entiendo. Si consiguen tener aquí el material radiactivo en pocas semanas, se aseguran los beneficios, incluso una posición aventajada con respecto a sus competidores, si el temido embargo energético llega a producirse, ¿no? —dijo, mordaz, Glenn.

—Exacto. Cerno verá, nuestra jugada es clara, legal y solamente preventiva. Pueden leer ese contrato por tedas partes. No existe

ninguna artimaña legal. Que lo vean sus abogados. Incluso les anticiparemos el cincuenta por ciento. En cuatro meses, o menos, pueden ganar lo que en un año largo.

Aznueta había terminado de leer el borrador, se volvió hacia Glenn y dijo:

—Parece tener razón. No veo nada extraño. Y la General es bien conocida, de toda solvencia. Un cheque suyo es aceptado siempre.

—Un momento. Tengo entendido que la General es una subsidiaria de la Compañía Energética —dijo Glenn.

—Sí, es cierto. Pero hoy en día todas las grandes empresas están más o menos conectadas las unas con las otras, y le aseguro que esto no implica que seamos misericordiosos a la hora de repartirnos los beneficios. Tenga la seguridad de que la C. E., no dejaría de cobrarnos un solo centavo, si nosotros no cumplimos con nuestra parte en el contrato de compra de mineral. Los negocios son los negocios, señor.

Glenn desvió la mirada, tropezándose con la de Diane. Ella le hizo una seña y le susurró:

—Piénsalo. En tres meses ganarás el dinero de un año. Luego, podrás descansar medio año por lo menos. Tendremos tiempo de firmar nuestro contrato matrimonial, y viajar por esos lugares que tanto deseamos conocer. ¿O es que nunca vas a cumplir tu palabra?

—Pero el contrato nos pide que tenemos que salir para Marte dentro de cinco días —protestó Glenn—. Apenas tenemos tiempo...

—Bueno, el carguero está a punto —intervino Aznueta—. Lo acabamos de ver. Y Diane puede echarnos una mano en el papeleo.

— ¡Eh, esta ocasión la pienso aprovechar para ir con vosotros!

— ¿A Marte?

— ¿Por qué no? Siempre quise conocerlo. Tengo permiso de vuelo. Yo puedo encargarme de todo el asunto burocrático.

Glenn y José se consultaron en silencio, sonrieron, y el primero tendió la mano a David Sear, diciendo:

—De acuerdo, señor Sear. Aceptamos su trabajo.

—Magnífico. No se arrepentirán —cogió un portafolios y sacó

los contratos definitivos, señalando los sitios donde debían firmar los dos socios. Cuando lo hubieron hecho, les entregó un cheque certificado—. Esto es una parte del total. En cada viaje recibirán un millón de dólares. Nosotros, como dice el contrato, nos haremos cargo del suministro de energía al carguero.

—Vino usted preparado, como si estuviera seguro de que íbamos a aceptar —murmuró Glenn, mirando el cheque.

—Es mi trabajo. Señores, nos volveremos a ver. Cuando Sear se hubo marchado, Diane dijo: —Esto te hará olvidar todo ese condenado asunto de Marte y esos dos tipos que no te dejan en paz.

—Ojalá sea así —masculló Glenn.

CAPÍTULO V

Glenn estaba a punto de subir al coche que debía conducirle hasta donde el carguero iba a emprender su primer viaje a Marte, de los cuatro contratados. Se detuvo al ver acercarse a Joffrey Hunt. Hizo una indicación a Aznueta, que se sentaba frente al volante. Antes de volverse, vio el rostro preocupado de Diane, desde el asiento trasero.

—Hunt, no tengo mucho tiempo. La salida es dentro de media hora —dijo Glenn a Joffrey.

—Lo sé. He estado todos estos días intentando comunicarte contigo.

—El trabajo ha sido mucho.

—Digamos que tampoco has querido verme. Siempre recibí una excusa de tus colaboradores, cuando preguntaba por ti.

Glenn rehuyó la mirada del hombre.

—Es cierto. Quiero romper con mi pasado, olvidarme de lo que pasa en Marte.

—Pero vuelves allí.

—Es mi negocio.

—Te será difícil rehuir el encuentro, inevitable, con el pasado.

—Lo intentaré, te lo aseguro.

— ¿Olvidas que en Marte estará esperándote Carmody para insistir también?

—Eso es algo que no comprendo. Tú y Carmody deseáis lo mismo; sin embargo, cada uno lleva un camino distinto. No lo entiendo. Siempre pensé que ambos erais amigos.

—No somos enemigos. Carmody y yo hemos elegido distintos caminos para ayudar a nuestra causa. Procuramos no interferimos, pero tampoco nos prestamos la menor ayuda,

—No veré a nadie en Marte, relacionado con Undermars. Iré a un sitio situado muy lejos del meridiano, cerca del norte.

—Sí, a los enclaves mineros de Bigice. Es el sitio más apartado de las ciudades, pero muy bien controlado por la Compañía. Es cierto. Dudo que Carmody se atreva a llegar hasta allí.

Glenn se movió, nervioso. Miró hacia el coche.

—No puedo esperar más. Tengo que irme.

—Yo salgo para Marte mañana. De todas formas, el navío de pasajeros es más rápido que el carguero, y llegará antes que tú. Es posible que me vuelvas a ver.

—Perderías el tiempo. Busca a otro, o ponte en contacto con Carmody. Me gustaría veros trabajar juntos.

—Ya es tarde para eso. Y yo tengo mucha más prisa que él en rescatar a Lee—. La cara de Hunt se crispó. No quiso ver la mano tendida de Glenn. Dio media vuelta y se alejó de él.

Glenn apretó los labios y entró en el coche.

—Es tenaz, ese tipo —comentó Aznueta, poniendo en marcha el vehículo.

—Ha insinuado demasiadas cosas —replicó Glenn—. No sé si tiene razón o está despechado por mi negativa.

—Al menos, los que querían liquidarte debieron enterarse que no deseas ayudar a ninguno — dijo Aznueta—. Nos han dejado tranquilos, estos dial El posible que no fuera más que una advertencia.

—No. Los tipos que me siguieron estaban dispuestos a matarme. Ellos no querían meter en este asunto a la policía. Al día siguiente de ser atacado, no quedaba el menor rastro de ellos en la carretera. Se ocuparon de borrar toda huella de los hechos.

* * *

Joffrey Hunt se acercó al amplio ventanal del edificio destinado a los pasajeros. Desde allí, presenció la partida del carguero. Cuando la estela de fuego se hubo perdido en el cielo del atardecer, lentamente empezó a retirarse. Al hacerlo, casi tropezó con el hombre que le había estado observando en silencio.

—Consiguió embaucarlos —le escupió Hunt.

David Sear sonrió, y encendió un largo cigarrillo. Hunt miró por encima de sus hombros, deteniendo sus ojos en dos individuos que esperaban a unos metros de ellos.

—Siempre viaja con sus perros guardianes, ¿no es así? —añadió señalando con un gesto a la pareja.

—No tema nada de mí, señor Hunt. Estamos en un lugar público, en donde todo el mundo sabe quién soy. Yo también he venido para ver salir a esos chicos.

—Tengo que reconocer que esta vez han sido ustedes muy inteligentes.

—Gracias. Pero no tenemos nada contra usted. Es más, nos sorprende que se tome tanto trabajo en un asunto que no le compete ya lo más mínimo.

— ¿Así lo piensa?

—Desde luego. Carmody siempre estaba molesto con usted porque era la misma sombra de Lee Carty. ¿Es que no se ha dado cuenta de que los hombres de Undermars, ninguno de ellos, quiere que usted vuelva allí? Al principio, le toleraron porque, de alguna forma, ayudaba a Lee en su campaña de captación, pero luego demostró que no intervenía para nada en el trabajo. Se limitaba a arropar a Lee, cuando éste dormía. Incluso siempre impedía que sus admiradoras se acercaran a él. Resultó usted ser un tipo poco popular.

Hunt se encogió de hombros.

—Eso no importa ahora. Han sido muy hábiles, al impedirme, estos días, que me volviera a acercar a Glenn para decirles que el fabuloso contrato que firmaron es sólo una artimaña para mantenerlo alejado da mí y de Carmody.

—No acierta plenamente. La General existe, y su necesidad de mineral es real.

—Oh, eso les resultó muy fácil arreglarlo. Pero me pregunto si detrás de esto no hay más.

— ¿Qué más?

—Siento curiosidad por ver si Glenn y sus amigos terminarán los cuatro viajes y cobrarán el dinero prometido.

—Eso es algo que ni siquiera yo sé.

—Es verdad. Olvidaba que usted es algo insignificante.

El rostro de Sear palideció.

—No se arriesgue, Hunt. No tengo instrucciones de eliminarle, pero esa decisión podría tomarla yo por mi cuenta. Incluso sería felicitado.

—Escúcheme bien, David Sear, lacayo de la Compañía

Energética, Yo lucho solo, no tengo colaboradores ni los grandes medios de que usted dispone y las personalidades que le amparan, pero recuerde que nadie podrá impedirme llegar hasta Lee, en pocos días. Usted, al igual que todos, ha cometido el error de subestimarme.

—Está loco. Me basta una señal a mis hombres para que no salga vivo de aquí. Suelen ocurrir muchos accidentes, en los puertos espaciales...

Hunt sacó la mano derecha del bolsillo, y rozó ligeramente el rostro de Sear.

— ¿Qué ha hecho? —preguntó Sear, llevándose la mano a la mejilla. Apenas había sentido la ligera punzada. Se miró los dedos, y descubrió un ligero rastro de sangre.

Hunt le mostró una finísima aguja, sujeta entre sus dedos.

—Con esto me gano mi libertad, Sear. Usted tendrá que dejarme marchar de aquí, ahora, y mañana de la Tierra. Claro que si quiere morir unas horas después que yo...

— ¿Qué significa esto? —Sear se volvió a palpar la mejilla. La sangre había dejado de fluir del pequeño corte producido por la aguja.

—Es un veneno, contra el cual no existe antídoto. Pero no se alarme. No hace efecto hasta dentro de cuarenta horas. Cuando yo esté camino de Marte, usted recibirá un mensaje, que le dirá dónde hay un contraveneno. Yo le dejaré una cantidad, suficiente para que pueda salvar su cochina vida.

— ¿No decía que no existe antídoto?

—Al menos, no es conocido en la Tierra. Es un veneno de mi invención. Ahora, procure calmarse. No haga ninguna torpeza. Si yo muero, usted morirá poco después. Nos volveríamos a ver en el infierno.

Hunt hizo un gesto con la cabeza, y pasó por el lado de Sear. Al buscar la salida, se cruzó con los dos guardaespaldas, a los que saludó en silencio. Sear le vio desaparecer entre el público. Cuando uno de sus hombres le interrogó con la mirada, respondió con un ademán negativo.

* * *

Cuando habían estado a punto de entrar en la órbita elegida, la estación controlada de vuelos con Upmars, les ordenó que rectificasen la trayectoria. Cuando Glenn hubo leído las nuevas coordenadas, soltó una maldición y llamó a Aznueta, que en aquellos momentos estaba terminando su período de descanso.

— ¿Qué sucede? —preguntó, apenas entró en el puente.

—Nos piden que usemos otro campo.

— ¿Cuál es?

—Tensig.

— ¿Ese? Creía que había sido abandonado desde hace años, cuando las minas se agotaron. Fueron las primeras en explotarse. ¿No se tratará de un error del Centro?

—No. Hice que repitieran las coordenadas. Cuando les pedí aclaraciones, se puso un tipo de la Compañía al habla, y tuvo la amabilidad de explicarme que los yacimientos habían vueltos a abrirse hace poco.

—Es posible. A veces, ocurre.

—Pero es que nosotros nunca escuchamos nada parecido. Tensig es el peor enclave minero que ha existido en todo Marte.

Aznueta se encogió de hombros, dejando caer sobre el tablero de mandos el papel con las instrucciones.

—Me temo que no tenemos otra alternativa que hacer lo que piden. Rectificar la entrada sólo nos llevará unos minutos. Han avisado a tiempo. No tendremos que desperdiciar un gramo de combustible.

Glenn gruñó algo ininteligible entre dientes.

—Eso es lo que me preocupa. Parece que han estado esperando el momento oportuno.

—Tú siempre estás viendo fantasmas por todas partes.

Diane se acercó a los dos amigos, sonriente y reconciliadora,

—Mientras vosotros estabais perdiendo el tiempo con discusiones, yo he alimentado a la computadora. Aquí tengo el desvío, ya terminado. Cuando queráis, podemos descender.

Glenn la besó, diciendo:

—Eres un sol. Fui un estúpido, por no haberte traído en otros viajes.

—Naturalmente —sonrió Aznueta—. Seguro que este viaje se te habrá hecho mucho más corto que los anteriores.

—Ahora, debes descansar un par de horas, Glenn —le dijo Diane —. Te llamaremos cuando rompamos la órbita. Aznueta y yo nos encargaremos de todo.

Glenn se pasó la mano por la cara.

—Tienes razón. Me tumbaré un rato.

Cuando hubo salido del puente, Aznueta dijo a Diane:

—Estoy deseando terminar con este trabajo. E incluso dejar de viajar a Marte.

— ¿Qué piensas hacer entonces?

—Me han hablado de las buenas perspectivas que existen en los asteroides. Aunque la mercancía que desde allí se puede llevar a la Tierra no es tan productiva como la marciana, en cambio, el viaje queda compensado porque las instalaciones que hay allí están necesitadas de muchas cosas, que pagan a buen precio.

—Entonces, debes hablarle a Glenn de ese proyecto —suspiró Diane—. Pese a que lo niega, él nunca olvida que Marte significa demasiado para él.

—Lo haré —asintió Aznueta, pero con escasa convicción.

* * *

Glenn ayudó a Diane a colocarle los filtros nasales, advirtiéndole:

—Solamente te lo podrás quitar unos segundos, si te molestan demasiado o para sonarte —sonrió—. Estás poco atractiva así.

Diane gruñó, y su voz sonó extraña cuando dijo:

— ¿Tú puedes salir a la superficie sin este trasto?

—Sí. Y Aznueta, también. Ambos conservamos aún nuestra doble personalidad de adaptación. No olvides que pasamos bastante tiempo aquí. De no haber hecho constantes viajes, habríamos perdido nuestra facultad de respirar el tenue aire marciano. En cambio, notamos en la Tierra, durante los primeros días, el cambio.

Aznueta surgió del pasillo. Vestía la gruesa ropa térmica.

—La mitad de la tripulación también está bastante adaptada a esta atmósfera. En cambio, sigo sin poder soportar el terrible frío de esta zona.

—No te preocupes, Diane. En las oficinas, el ambiente está climatizado. Los ejecutivos de la Compañía nunca están en Marte el tiempo suficiente para adaptarse. Vienen aquí destinados por la suculenta paga, pero siempre están deseando que les llegue el momento de regresar.

Descendieron de la nave, y caminaron sobre el helado asfalto del puerto, hacia las oficinas. Diane miraba el paisaje, con visible asombro. El cielo rosa subido, y las lejanas montañas rojas, significaban para ella un nuevo concepto visual.

— ¿Te agrada? —preguntó Glenn, tomándola del brazo.

—Es... Impresionante. Sí, creo que ésa es la palabra. Aquí, la belleza resulta brutal, los colores, inéditos.

—Marte sorprende al principio, luego cansa, pero termina uno amando este planeta viejo, árido y hostil; pero con inmensas riquezas en su interior, imprescindible para que los hombres, en la Tierra, puedan seguir gozando de las comodidades.

Solamente había tres naves en el campo, aparte del carguero. Y ninguna de ellas tenía la menor apariencia de estar esperando acoger en sus bodegas los cilindros de plomo, llenos de material radiactivo.

Una de ellas parecía pertenecer al Ejército. Glenn descubrió cerca a varios hombres uniformados.

Las oficinas eran pequeñas y viejas. Parecían haber sido restauradas recientemente, aunque con prisas. Cuando traspasaron la cabina hermética, un hombre salió a su encuentro. Al fondo, vieron algunas mesas con computadoras, y hombres y mujeres trabajaban en ellas con gesto cansado.

—Saludos —dijo el hombre—. Soy Curtis, administrador del Enclave Tensig. Bienvenidos.

Glenn estrechó la mano e hizo las presentaciones.

Curtis les hizo pasar a un despacho, y preguntó si querían tomar café o coñac.

Se decidieron por el café. Curtis llenó unas tazas de la cafetera, sirviendo la primera a Diane, con una galante sonrisa.

—Desconocíamos que Tensig estuviera de nuevo en producción, señor Curtis —dijo Glenn.

—No se hizo pública la noticia porque no teníamos muchas esperanzas de poder hacer rentable la nueva veta descubierta. En realidad, aún no estamos seguros de nada, pero disponemos de una buena cantidad de material, que la dirección ha estimado conveniente que enviemos a la Tierra. Creo que, en breve, todas las naves que vengan a Marte, por material, serán desviadas a Tensig —miró por encima de la taza y añadió—: Medidas de seguridad.

— ¿Qué ocurre?

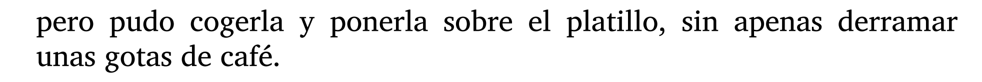
—Los enclaves cercanos a la zona de Undermars se están convirtiendo en sitios inseguros. En realidad, deberían estar contentos por estar aquí, en un lugar tan tranquilo.

—Sí, es el sitio habitado más al norte de todo el planeta —ironizó Glenn—. No es el preferido por los turistas, desde luego.

Curtis sonrió.

—Tiene razón. Pero tampoco es el peor sitio. ¿Ha estado alguna vez en Monzatu, señor Rulau?

La taza de Glenn estuvo a punto de deslizársele entre los dedos,


pero pudo cogerla y ponerla sobre el platillo, sin apenas derramar unas gotas de café.

—Una vez —replicó secamente.

Volviéndose hacia Diane, Curtis dijo:

—Por el filtro nasal, señorita, deduzco que ésta es la primera vez que está en Marte. Monzatu es el infierno particular de Marte. Ningún lugar de la Tierra puede superarle en peligrosidad Esta región, comparada con Monzatu, es el paraíso.

— ¿Cuando empezaremos a subir la carga, señor Curtis? —dijo Aznueta.

Pero Curtis parecía no haberle hecho caso, pues continuaba explicando a Diane:

—Es una región apenas explorada, aunque muchos hombres valientes se han aventurado en ella. Sé que el señor Rulau es uno de los que intentaron recorrerla de punta a punta. Pero ignoro si tuvo éxito o no.

—Apenas nos adentramos unas millas —dijo Glenn, frunciendo el ceño—. No volvería a repetir aquello.

—Le pregunté por la carga, señor Curtis —recordó Aznueta.

—Oh, perdón. He leído mucho acerca de Monzatu. Me fascina el tema, y me olvido de todo, cuando hablo de él. Claro que debemos tener en cuenta que Monzatu comienza apenas unos cien kilómetros al este de Tensig. Tal vez algún día me decida a verlo de cerca, aunque no penetre mucho.

— ¿Cuándo cargaremos, señor Curtis? —preguntó Aznueta lentamente.

Curtis se volvió hacia él. Sonrió levemente y dijo:

—Dentro de siete días, señor Aznueta.

Les dos amigos se miraron, y Glenn sólo acertó a decir:

— ¿Está bromeando?

CAPÍTULO VI

Los tripulantes, al mando de Lewis, tuvieron que quedarse en el carguero cuando Curtis declaró que no tenía alojamiento para ellos. En cambio, proporcionó a los dos socios y Diane un minúsculo apartamento, en el ala trasera del edificio principal.

Glenn salió de la ducha, después de esperar que Diane tuviese que apresurar su lavado de cabellos en el lavabo. Antes era imposible hacerlo, a no ser que pasase por encima de ella.

Diane volvió a cerrar la puerta de un porrazo, y Glenn creyó escucharla soltar una maldición.

A dos pasos de él estaba Aznueta, sentado en una pequeña silla, y terminando de beber una taza de café.

—Creo que será mejor que yo me largue al carguero. La pared que nos separa, por la noche, es demasiado delgada, y no me gusta asistir a vuestros arrullos —dijo José.

— ¿Cuando sólo falta un día para que nos entreguen la carga? Vamos, amigo, no seas quisquilloso. Aznueta le miró largamente.

— ¿De veras confías que llegue la carga hoy mismo para que pueda ser entrada en la nave mañana?

— ¿No es lo que nos aseguró ese tipo?

—Anoche, antes de meterme en el ataúd que tengo por cama, hice unas indagaciones. Aproveché que no había ningún hombre de la Compañía en la torre de control. Sólo estaban dos nativos, con los que hice amistad, gracias a que llevaba un poco de coñac. No deseé profundizar porque no me fiaba demasiado de ellos, pero pude sonsacarles un poco. Sólo está anunciada para mañana la llegada de un vehículo transbordador desde la capital.

Glenn dejó deslizar entre sus manos la toalla.

—No estarás hablando en serio...

—Ojalá. Es cierto. ¿Qué significa esto, Glenn?

—Me gustaría saberlo. Tal vez tú puedas decírmelo. Insististe en que éste sería un buen negocio. Me temo que tus proyectos de líneas con los asteroides se han esfumado.

—En todo caso, esperaremos, ¿no?

Glenn movió la cabeza negativamente.

— ¿Para qué? Iré a hablar con Curtis. Nb me andaré con rodeos.

—No hagas eso.

—Curtis quiere retenernos aquí, por algún tiempo. Por el momento, no parece albergar intenciones hostiles, pero me temo que, si pretendemos marcharnos, nos lo impedirá por la fuerza.

—Comprendo. Entonces, sólo le preguntaré si mañana tendremos la carga, Una demora más, indicará que aquí hay algo sucio.

—Será lo mejor. Si actuamos con cuidado, podremos largarnos antes que se den cuenta. Tenemos energía para regresar a la Tierra. Y no perderemos mucho porque ya recibimos un anticipo.

"De todas formas queda el asunto del contrato. La Manufacturera es una sociedad real. Podría llevarnos a los tribunales y...

—Olvídate de eso, ahora. Ya nos preocuparemos del asunto cuando estemos en la Tierra. Iré a ver a Curtis en seguida.

Y empezó a vestirse. Diane seguía en el cuarto de baño, y Glenn

pensó que, por el momento, sería mejor no confiarle sus preocupaciones. José preparó otra taza de café, que Glenn bebió apresuradamente. Luego, ambos salieron al exterior, mientras cerraban sus abrigos.

La madrugada marciana es terroríficamente fría. La superficie de hormigón era resbaladiza, y no podían arriesgarse a caminar ligeros.

—Mira allí —dijo José, señalando hacia el fondo de la explanada.

Era un transbordador, grande y pesado, del modelo que cubrían las rutas de los enclaves mineros. En su costado se leían las letras de la Compañía: CE.

— ¿No dijiste que llegaría mañana?

—Bueno, era anoche cuando me lo dijeron Quizá se refería a hoy, ya. No estoy seguro.

—Quienes hayan llegado, ya han desembarcado. Ese aparato ha debido llegar hace bastante tiempo.

Un camión oruga cruzó una sección del campo, deteniéndose ante unos cobertizos. Del vehículo descendieron unos hombres, que corrieron a refugiarse en el interior.

Entraron en la puerta estanca, y dejaron que la escarcha de sus abrigos escurriese. El ambiente era tibio. Franquearon la siguiente puerta, y el vigilante les salió al paso.

—Queremos ver al señor Curtis —dijo José, antes que el vigilante les interrogase.

El hombre puso cara de asombro.

—Pero ¿no saben la hora que es? —preguntó—. La oficina no se abrirá hasta dentro de dos horas.

—Pues entonces, despiértele —dijo Glenn.

—Eso no puedo hacerlo, señores.

—Entonces, esperaremos —dijo José, empezando a caminar hacia una cerrada puerta que había a la derecha.

—Esa habitación está llena —dijo el vigilante—. Si quieren

esperar al señor Curtis, usen la que hay al fondo; es más pequeña, pero estarán solos.

José se había acercado a la puerta lo suficiente para escuchar las voces, quedas, del otro lado.

— ¿Quiénes están ahí? —preguntó al vigilante.

—Hay una tormenta al sur, y un transporte tuvo que desviarse hasta aquí. Sus treinta pasajeros, todos mineros, han tenido que ser repartidos por distintos sitios —masculló el vigilante—. Hasta dentro de seis horas, no amainará la tormenta, y podrán seguir.

— ¿Se refiere al vehículo que está al fondo de la pista? —preguntó Glenn, mientras se quitaba el abrigo.

—Sí. Ahora, vayan a aquella habitación. No me gusta que lleguen los jefes, y encuentren gente en los pasillos.

El vigilante les dejó cuando se acomodaron en las sillas de la salita de espera. A través de la puerta entornada, Glenn le vio alejarse. Parecía estar molesto.
La llegada del transporte debía haberle causado mucho trabajo.

—Nos queda todavía mucho tiempo de estar aquí —dijo Glenn, mirando su reloj.

—No hemos advertido a Diane —recordó José—. ¿Quieres que vaya a decirle que estamos aquí?

—Sí, será lo mejor. Ya estaba bastante enfadada, esta mañana.

José recogió su abrigo. Apenas pasaron unos minutos Glenn escuchó veces en el pasillo. Curtis entraba, al frente de varios hombres. Gritaba y parecía estar fuera de sí.

—...Esto no es una estación de tránsito —le oyó vociferar.

Salió al pasillo, y se puso delante de Curtís.

—Tengo que hablarle —dijo. Y tuvo que soportar la mirada enfurecida del jefe del enclave.

—No es éste el momento. Tengo problemas que resolver. Me han hecho salir de la cama para contarme que tenemos que soportar, todo el día, la presencia de unos mineros.

—Lo siento, pero lo mío es urgente.

Curtis apretó los labios, e indicó o Glenn la dirección de su despacho. Los demás hombres, excepto dos que entraron con ellos, se dispersaron por las diversas dependencias de las oficinas.

—Sea breve, señor Rulau. Tengo mineros por todas partes. He solicitado informes, del tiempo, a la capital. Ojalá ese temporal haya amainado, y se larguen pronto.

—Yo también tengo prisa, Curtis. Quiero saber cuándo podre* partir. ¿Qué pasa con mi carga?

—Le dije que tardaría una semana.

—Ya llevamos aquí seis días, y no hay anunciada la llegada de ningún envío de mineral.

— ¿Cómo lo sabe?

—Quiero saber si esa tormenta afectará la llegada de mi carga —dijo Glenn, desoyendo la pregunta de Curtis.

—Ni siquiera hemos tenido noticias de la tormenta. Además, las explicaciones de esos mineros no me convencen. Nunca ha habido traslados de personal del lugar donde dicen venir. Voy a solicitar instrucciones a la central de la Compañía, respecto a esto.

—Hablemos de mi carga.

Curtis golpeó la mesa.

—Tenga paciencia, señor Rulau. Yo no tengo culpa de nada. Si se considera perjudicado por la semana perdida, solicite una indemnización a la Compañía o con quien esté trabajando. Ahora, déjeme en paz.

Glenn le agarró el brazo, antes que se dirigiera al comunicador.

—No pienso irme, sin que me dé una respuesta satisfactoria. En caso contrario...

— ¿Qué piensa hacer en caso contrario, señor Rulau? —Me largaré hoy mismo. Sin carga. Curtis se incorporó.

—Está bien —dijo—. Mis órdenes eran llevar el asunto pacíficamente, sin utilizar la fuerza mientras no fuera necesario, pero

usted pone las cosas difíciles. Me ha obligado a encerrarle.

Glenn retrocedió un paso.

—Ha necesitado seis días para desprenderse de la máscara.

—No queremos causarle daño alguno. Ni a usted ni e sus acompañantes —dijo Curtis—. Tengo que retenerle aquí, durante un mes. Después de ese tiempo les dejaré ir. Y no se preocupe por las pérdidas. Serán pagados estos días como si estuviera transportando material.

Glenn sacó un papel del bolsillo, y lo estrujó.

—Esto es lo que ye hago con el contrato.

Su puño cerrado se estrelló contra el rostro de Curtis, que saltó sobre la silla que tenía detrás, y cayó al suelo.

Los dos hombres que esperaban junto a la puerta se lanzaron contra Glenn, pero éste había saltado sobre la mesa tomó la silla y la arrojó contra el que estaba más cerca,

Rulau intentó alcanzar la salida. El segundo hombre le cortó el paso y fue golpeado por los puños del joven. Pero el primero se había levantado y propinaba un puntapié a Glenn, que dobló las rodillas.

Entre girones de niebla, y sintiendo un profundo dolor en el costado, Glenn escuchó la voz de Curtis:

—De ese perro me encargo yo. De todas formas, iban a morir todos...

Se volvió lentamente, y vio a Curtis incorporarse. Había abierto un cajón de la mesa, y empuñaba una pistola, con la que empezaba a apuntarle.

Todavía aturdido, Glenn vio las piernas de uno de los hombres, cerca de él. Antes que Curtis apretase el gatillo, se aferró a aquellas piernas, e interpuso el cuerpo entre él y la pistola.

El disparo alcanzó al tipo. Escuchóse un grito seco, y el cuerpo cayó junto a Glenn, quien se levantó y abrió la puerta.

Al hacerlo, se encontró con el pasillo lleno de gente y un jaleo enorme. Se oyeron disparos al fondo, gritos y empezó a ver un humo denso y con marcado olor a carne quemada.

Unos hombres corrían por el pasillo, en dirección al despacho de Curtis. Glenn se sintió cogido entre dos fuegos. Se tiró al suelo maquinalmente, cuando uno de los hombres, vestidos de minero, le gritó que lo hiciera.

Los disparos pasaron por encima de él. Al volverse observó que Curtis caía, acribillado a balazos. El otro hombre alzaba los brazos ante las armas.

Glenn todavía estaba aturdido. Sintió que unas manos le ayudaban a levantarse, obligándole a caminar. Los mineros que entraron en el despacho, habían disparado contra el que se rendía. Glenn sintió un estremecimiento, diciéndose que aquellos tipos no parecían pensarlo mucho, cuando se encontraban ante la alternativa de disparar o no.

Una vez, Glenn intentó deshacerse de las manos de los mineros, pero éstos le impidieron huir, con energía. Uno de ellos dijo:

—No tema nada, Glenn Rulau.

Estuvo a punto de preguntarle cómo sabía su nombre, pero lo que estaba sucediendo delante se lo impidió. Algunos guardianes armados de la Compañía estaban intentando cruzar la puerta estancada. Apenas habían irrumpido en el pasillo, cuando los mineros dispararon contra ellos. La puerta volvió a abrirse, pero eran hombres vestidos con los gruesos monos térmicos mineros, que hicieron indicaciones a sus compañeros para que les siguiesen.

Los que agarraban a Glenn, le obligaron a salir al exterior. Antes de dejar las oficinas, de un vistazo se hizo cargo de que la batalla había sido rápida pero intensa, cruenta. Podía contar más de quince cuerpos tendidos en los pasillos. Sólo dos mineros parecían haber muerto.

Glenn quiso protestar porque le obligaban a salir sin su abrigo. Pero tuvo que cerrar la boca, a causa del gélido aire.

Fuera, la batalla parecía seguir un curso distinto. Los mineros le protegían, mientras se dirigían hacia el vehículo de transporte que ellos vieron anteriormente. Estaban colocados en grupos, en distintos puntos, y desde allí, impedían que los guardianes de la Compañía les cortasen el paso.

Algunos cobertizos ardían, aumentando la confusión. Se oyó el ulular de un desintegrador. Su trazo mortal recorrió la pista,

persiguiendo una decena de guardias, que corrían a ponerse a salvo. Pero antes de que arribasen la protección de un hangar, varios de ellos fueron alcanzados por el haz de fuego, cayendo dentro de su acción y convertidos en cenizas, en segundos.

Cerca de la entrada del transporte, un hombre que bajó, mirando complacido a Glenn, gritó:

—Dejadle dentro, muchachos; nos marcharemos en seguida. Ahora, hay que acabar con las naves.

Un minero disparó al aire un fogonazo luminoso, y segundos después, las naves posadas en las pistas estallaron.

Glenn fue empujado al interior. Le soltaron, y el hombre que parecía mandar el comando le dijo:

—Celebro volver a verte, muchacho.

—Hola, Carmody —sonrió Glenn—. No me digas que has armado todo este jaleo para rescatarme.

—No seas tan modesto. Desde luego que sí. ¿Es que no has adivinado que nunca ibas a salir con vida de aquí?

—Me acababa de enterar, cuando tus hombres me sacaron del despacho de Curtis.

—Pues ya sabes lo que tienes que agradecerme.

Glenn le miró, irónico.

—Di, mejor, lo que quieres a cambio.

Oscar Carmody soltó una carcajada.

—Ya sabes cuál es la factura. Pero no me gusta hablar en ese tono a un amigo.

—Mis hombres y mi chica están en mi nave —recordó Glenn.

—Supe cuál era tu nave, apenas aterrizamos. Ordené que se la respetara.

Un hombre entró, anunciando que un transporte estaba aterrizando en la pista más alejada del campo.

—Es el transbordador de la capital —dijo Glenn—. Su llegada estaba prevista. No creo que debas temer nada de él.

—De todas formas, esto altera los planes —masculló Carmody—. Lo siento, amigo; pero no puedo poner en peligro toda la operación. Si tus amigos son listos, aprovecharán el desconcierto para huir. No podemos perder más tiempo.

—Si ellos se quedan, los hombres de la Compañía los liquidarán —protestó Glenn. —Lo siento...

Glenn empujó a Carmody, e intentó alcanzar la salida, Pero los mineros estaban regresando, y le obstruyeron el paso. Glenn peleó contra ellos, pero le golpearon en el cuello, y cayó al suelo, sin sentido.

Carmody ordenó que le encerrasen.

—Nos marcharemos en seguida. De todas formas, enviad un mensaje al carguero de Glenn. Que huyan, ahora que pueden. Es todo lo que puedo hacer por ellos.

CAPÍTULO VII

Cuando Joffrey Hunt se enteró de que el piloto estaba pensando en regresar a la ciudad y no aterrizar en el campo, a causa de los disturbios que se habían detectado, saltó de su asiento y se plantó en la cabina, arrollando a su paso a la azafata.

Mostrando la pistola, conminó al piloto:

—Tome tierra en su punto de destino.

—Está usted loco —graznó el piloto—. La torre de mando no contesta y, desde aquí, podemos ver el jaleo que hay allí abajo. Se están matando…

—Sé que conoce perfectamente el lugar, piloto. Puede aterrizar, sin necesidad de que le ayuden desde la torre. Hágalo.

El piloto miró hacia la cabina. Sólo había diez pasajeros más, aparte de aquel individuo que le apuntaba con la pistola y le miraba de forma que daba a entender que estaba dispuesto a utilizarla.

—Está bien. Pero lo haré lo más lejos que pueda.

—Es igual —asintió Hunt—. Volveré a mi asiento, y le juro que le volaré la cabeza, si descubro que hace alguna extraña maniobra.

El piloto pensó que alguno de los pasajeros podía intervenir y desarmar a aquel tipo, pero cuando le vio conversar con los demás de forma amistosa, sus esperanzas se vinieron abajo. Al parecer, todos los pasajeros estaban de acuerdo con aquel temerario tipo.

Soltando maldiciones continuamente, hizo descender el transbordador, enfilándolo hacia aquella antigua pista que terminaba a dos kilómetros de la torre de control, en cuyo alrededor se estaban desarrollando los tiroteos.

El piso de aquella vieja pista hizo que el transbordador saltase como una peonza, antes de detenerse. Sudando, el piloto terminó de echar los frenos. El hombre de la pistola entró en la cabina y disparó contra la radio, diciendo:

—Ahora, manténgase tranquilo. No salga de aquí. Uno de mis hombres le estará vigilando.

La azafata fue introducida también en la cabina, y Hunt hizo una señal a los demás para que le siguiesen.

Saltaron del aparato y se dispersaron. Hunt miró las naves de la Compañía arder. El carguero de Glenn estaba al otro lado de la torre, incólume aún. Una nave transporte, anclada a la derecha, estaba acogiendo en su interior grupos de hombres, que salían de todas partes. Vestían con los trajes grises de los mineros, pero estaban

armados, y disparaban hacia atrás para cubrir su retirada.

Hunt se mordió los labios. Habían llegado un par de horas tarde. Se preguntó si aún cabía la posibilidad de arreglar algo. Movió la cabeza, al responder que no.

Observó a sus hombres, descubriendo en ellos la misma desolación. Había perdido demasiado tiempo. La ventaja inicial que tenía sobre Carmody, al saber desde el principio el lugar donde suponía que Glenn y sus compañeros serían retenidos por la Compañía, se esfumó al disponer de tan escasos colaboradores en los que confiar. No eran muchos los hombres capaces de obedecerle sin preguntar. Pero aquel grupo era magnífico. Ellos hubieran sido suficientes para apoderarse del campo, sin aquel gran despliegue de fuerzas utilizado por Carmody, ni matar a tanta gente como creía adivinar.

Segundos después, el transporte minero despegaba, rugiendo sus toberas. Tal como había sospechado, no era un transporte, sino una pequeña nave, convenientemente disimulada, muy veloz. Sería inútil intentar seguirla. Ni siquiera el carguero de Glenn podría hacerlo.

Se volvió hacia los nueve hombres y dijo:

—Hemos llegado cuando la representación ha terminado, muchachos; pero intentaremos que nos cuenten el argumento. Vamos.

Alzó el brazo, y todos se colocaron unos filtros nasales que se diferenciaban de los normales en que el oxígeno era suministrado de unos pequeños depósitos, no de la tenue atmósfera. Luego, surgieron largas pistolas, de afilado cañón.

Hunt señaló el carguero. Al pasar cerca de la torre, aparecieron los primeros hombres de la Compañía. Se movían entre la tenue luz de la madrugada y el humo de los incendios, como aturdidos. Debían pensar que el peligro había cesado, con la partida de la falsa nave de los mineros. Apenas opusieron resistencia, cuando el pequeño grupo disparó contra ellos sus armas silenciosas.

Los penetrantes dardos anestesiantes les tumbaron en una fracción de segundo.

Hunt alentó a sus hombres para que siguieran actuando así. A tres de ellos les ordenó que entrasen en la torre de mandos y luego se dirigieran a los edificios.

Cuando llegaron ante el carguero, Hunt lo hizo con recelo. Aquella mole de acero podía iniciar el despegue de un memento a otro, calcinándoles con su fuego atómico.

Pero la puerta de entrada principal seguía abierta, aunque la segunda, que formaba el compartimento estanco, permanecía cerrada. Aquello le tranquilizó.

Hunt ascendió, y localizó el comunicador de la cabina, gritando:

—Soy Joffrey Hunt. ¿Quién está ahí?

Cuando, un minuto después, la segunda puerta se abrió y aparecieron en el pasillo Aznueta, Lewis y Diane, Hunt les sonrió, a pesar de las armas que le apuntaban.

—Tranquilizaos, amigos. Os juro que yo no tengo nada que ver con todo lo que ha pasado. Mis hombres y yo acabamos de llegar en el transbordador, procedente de la ciudad.

—Lo hemos visto tomar tierra, en el fondo del campo —dijo secamente José—. ¿Dónde está Glenn?

Hunt se mordió los labios.

—Entonces Carmody ha conseguido su objetivo. Yo tenía la esperanza que aún estuviera aquí dentro.

—No. Le dejé en el edificio de la oficinas. Cuando vine por Diane, empezó el ataque de esos falsos mineros. Ya había dentro del edificio un grupo de ellos, esperando el momento del ataque. ¿Por qué dice que ha sido Carmody?

—Carmody se enteró de dónde estabais después que yo, pero él ya estaba en Marte, y yo tuve que venir aquí dos días después que vosotros partierais en este carguero. Carmody ha sabido aprovechar la ventaja que la situación le daba. Lo siento. He ido tan aprisa como he podido. En la ciudad, tardé algún tiempo en reunir a mis fieles. Luego, perdí todo un día en alquilar el transbordador, de forma que no levantara sospechas. Todo ha sido inútil.

—Pero ¿qué es lo que pretenden? —le espetó Diane—. ¿Qué quieren de Glenn?

Hunt se alzó de hombros. Parecía agotado.

—Al menos, no correrá un verdadero peligro con Carmody. Oscar nunca intentará hacerle daño. El riesgo lo estabais corriendo al permanecer en este campo, a manos de los hombres de la Compañía. Por supuesto, el gran contrato de la Manufacturera sólo es un truco para teneros a buen recaudo. Curtis tenía órdenes de reteneros aquí hasta que llegara David Sear, el cual ha sufrido un ligero retraso en su arribada, a causa de las averías sufridas en su nave, antes de despegar de la Tierra,

—Y usted tuvo algo que ver con esa avería, ¿no?

—Sí. Tenía que obligar a Sear a llegar tarde. El no hubiera dudado en usar la violencia contra Glenn, contra ustedes.

—Todavía no nos ha dicho el interés que siente tanta gente por Glenn —dijo Diane.

—Es que todos quieren llegar cuanto antes junto a Lee Carty.

—Odio a ese hombre, sin conocerlo —exclamó Diane.

—No diga eso, delante de mis hombres —sonrió Hunt—. Ellos sienten adoración por Carty, al igual que miles de marcianos del sur, y muchos del norte. Cuando les dije que teníamos que rescatar a un hombre que nos llevaría ante Carty, no dudaron en seguirme, pese a lo arriesgado de la misión.

—Están llegando más hombres junto a la entrada —dijo Lewis.

—Son mis colaboradores —dijo Hunt—. Será mejor que unamos nuestras fuerzas, amigos.

— ¿Para qué?

—Para salvar a Glenn, por supuesto —dijo Hunt—. La nave en que Carmody se lo ha llevado es más veloz que ésta, y llegará antes que nosotros, pero luego podemos ganar el tiempo perdido. Entre todos, podemos salvar a Glenn, primero, y luego a Lee Carty.

Aznueta y Diane cruzaron una silenciosa mirada.

—Está bien —dijo José—. De todas formas, tenemos que marcharnos de aquí, cuanto antes.

—Es sensato, amigo. Me temo que David Sear llegará a Tensig dentro de poco. Y no lo hará solo, sino acompañado de centenares de

sus hombres, dispuestos a todo.

—Esos hombres están armados —advirtió Lewis.

—Nuestras armas son anestésicas; no es nuestra intención matar —dijo Hunt.

—De acuerdo. Pero deberán entregárnoslas, antes de subir a bordo —impuso José.

Hunt asintió.

—Admitimos la condición. Eso les demostrará que nuestras intenciones son honestas.

Los hombres de Hunt subieron y fueron depositando las largas pistolas en el interior de un armario del pasillo. Luego, fueron conducidos hacia uno de los dormitorios mayores, por Lewis.

La entrada fue sellada, y marcharon al puente de mando. Allí, José preguntó a Hunt:

—Creo que he admitido esta alianza con usted porque no sé adónde dirigirme para salvar a mi amigo. Le advierto que si tampoco lo sabe, le echaré de la nave.

Hunt sonrió.

—No dejemos de tutearnos, amigo. Tenemos que trabajar unidos y en mutua confianza. ¿Conoce Monzatu?

José casi saltó de su asiento, a causa de la sorpresa.

— ¿Quiere decir que es allí donde quiere ir Carmody con Glenn?

—Más o menos. Traiga un mapa, y le indicaré el lugar exacto donde deberá posarse. Luego, continuaremos a pie, si es que no llevan a bordo un gran vehículo todo terreno y anfibio.

Mientras estudiaba el mapa que José le había entregado, Hunt dijo:

— ¿Por qué se asombra, Aznueta? ¿Es que Glenn no le confió que era sospechoso que el primer embarque de mineral tenía que recogerse tan cerca de Monzatu, donde se supone que Carl Monut escondió a Lee Carty, después de secuestrarle?

—Glenn no me dijo nada,

—Es posible que no sospechara nada, aunque la evidencia era tan grande... No sé. Mire, Aznueta, éste es el punto más seguro de Monzatu. A partir de entonces, le advierto, es como introducirse en el infierno. Pero es suficiente que nos deje allí. Luego, mis hombres y yo proseguiremos.

José asintió. Desde hacía unos segundos, los motores se estaban calentando. Liberó la energía, y la nave se elevó ruidosamente. Después de alcanzar los veinte kilómetros de altura, la dirigió hacia el este.

—Llegaremos antes de media hora. Este trasto es bueno para navegar en el espacio, no para hacer de transbordador de superficie. Incluso consumiremos más energía que si fuéramos a Fobos.

—Lo sé. Algún día, Marte sabrá recompensarle.

—Escuche, Hunt, estoy dispuesto incluso a ir con usted en busca de mi amigo, pero le juro que, si no me dice cuál es su desmesurado interés por encontrar a Lee Carty, elevo la proa del carguero, y nos marchamos a la Tierra. Sé que Glenn estará a salvo con Carmody, que éste nunca intentará hacerle daño.

—Sí, es posible que tenga razón. Vivieron muchos años juntos. Carmody quiere a Glenn. No, no le haría daño. Pero yo tengo que encontrar a Lee, antes que lo haga Carmody.

—No entiendo. Usted y Carmody lucharon por la independencia del sur, y ahora siguen luchando por terminar de liberar todo el planeta, de la Compañía. ¿Qué ha pasado para que ahora cada uno vaya por un lado?

—Carmody me apartó de Lee, cuando se consiguió la independencia del sur. La actitud reconciliadora de Lee con la Tierra no satisfacía a Carmody ni a algunos de sus seguidores. Cuando la Compañía capturó a Lee, debieron pensar que ellos saldrían ganando, cualquiera que fuera" el resultado. Si Lee moría, ellos le convertirían en un mártir, y lanzarían Undermars a la conquista del norte.

— ¿Insinúa que Carmody intenta encontrar a Lee para matarle?

—Sí. Y los responsables, ante todo Marte, serán la Compañía. Carmody conseguirá fácilmente levantar en armas a todos los marcianos. Pero es posible que piense dejarlo con vida, dominarlo.

— ¿Por qué lo secuestró la Compañía?

—Quería convertirlo en un valioso rehén. Teniéndolo en su poder, Undermars nunca se atrevería a atacar. Pero algo debió sucederle a Cari Monut porque no comunicó a la Compañía el lugar exacto donde le llevaron. Sólo indicó una zona aproximada: Monzatu. Y nadie puede rastrear, palmo a palmo, un lugar como Monzatu.

José encendió un cigarrillo. Consultó la situación del carguero. Aún podía desviarlo de la ruta.

—Queda usted. ¿Por qué quiere rescatar a Lee?

—Es obvio. Yo quiero que viva.

—Carmody también puede pretender lo mismo. Insisto en que debieron unirse, trabajar juntos. En todo caso, usted pudo esperar el regreso a Undermars de Carmody con Lee, actuar antes que él hiciera algo irreparable.

—No, José, no. Yo tengo que encontrar a Lee antes que Carmody. Si no lo hago, todo se vendrá abajo. La gente de Marte se sumirá en la desilusión, y la Compañía volverá a dominarlo todo.

Aznueta soltó un gruñido. Su mano se dirigió hacia el interruptor que alteraría la ruta del carguero.

—Estoy cansado de escuchar palabras y no entender nada. Será mejor volver a la Tierra, y denunciar a la Unión de Naciones lo que está pasando. Creo que es la única forma de salvar a Glenn.

— ¡No! —gritó Hunt, muy pálido—. Está bien, Aznueta —miró al hombre y luego a Diane—. Tendré que confiar en ustedes. Les diré cuáles son mis razones. Espero que las comprendan. Me temo que no tengo otro camino.

—Eso es seguro. Vamos, hable. No queda mucho tiempo.

Cuando Hunt hubo terminado, Aznueta era entonces el que reflejaba una pronunciada palidez en su rostro. Diane permanecía en silencio, todavía impresionada.

—Aterrizaremos dentro de cinco minutos —dijo José.

—Gracias —respondió Hunt.

* * *

El golpe apenas privó a Glenn del conocimiento por espacio de unos minutos. Cuando lo recobró, se encontró sentado en uno de los asientos del transporte. A sil lado, delante y atrás, estaban los mineros, charlando entre sí escandalosamente, riendo y maldiciendo, mientras cementaban las incidencias del combate.

Gracias al decisivo factor sorpresa, habían tenido pocas bajas: dos muertos y tres heridos de leve gravedad, que estaban siendo curados provisionalmente al fondo.

Glenn abrió los ojos en el momento justo que Carmody penetraba en la cabina de pasajeros. En seguida se fijó en él, y le sonrió. Hizo que el hombre que estaba sentado al lado de Glenn le dejase el asiento, y lo ocupó él.

— ¿Un cigarrillo? —preguntó, ofreciéndole su pitillera.

Glenn tomó uno, y dejó que Carmody se lo encendiera.

— ¿Tengo que darte las gracias? —preguntó Glenn, después de expulsar la primera bocanada de humo.

—No. En todo caso, yo seré quien te las dé a ti, más tarde.

—Pero... ¿Cómo puedes estar tan seguro de que te ayudaré a encontrar el lugar donde se supone que Monut ocultó a Lee?

—No tienes otra alternativa, muchacho —Carmody hizo un gesto de desagrado, añadiendo—: Mira, es repulsivo tener que recordar a un amigo viejos favores. Y tú sabes que me debes bastantes. Nadie como tú conoce Monzatu. Al menos, la parte donde sabemos que Monut eligió para ocultar a Lee. ¿Recuerdas cuando nosotros tres, tú, Monut y yo exploramos aquella zona de Monzatu? Descubrimos un camino bastante seguro para traspasar la parte más peligrosa, pero yo padecí una enfermedad, que me dejó sumido en la fiebre por unos días. Monut y tú decidisteis regresar, y me salvasteis la vida. Yo estaba inconsciente, y no podía saber qué camino tomasteis. Por lo tanto, amigo Glenn, es preciso que me lleves allí.

Glenn hizo una mueca irónica.

—Todo el mundo piensa que allí está Lee, bien guardado por

Monut y sus hombres. Sería gracioso que estas adivinanzas fuesen erróneas, que llegáramos hasta allí y no encontrásemos nada. ¿Qué pasaría?

—No; es imposible. Monut preparó un buen refugio, antes de realizar el secuestro. Llevó víveres, oxígeno y medicinas a alguna de las grutas de las que tanto hablabais mientras regresábamos en la nave al sur. Yo os escuchaba, mientras la fiebre todavía no había desaparecido. Incluso Monut insinuó que aquél sería un magnífico lugar para convertirlo en base de operaciones para luchar contra la Compañía Energética. Allí nunca sería encontrado un ejército. Claro que luego Monut se lo pensó mejor, y cambió sus ideales por dinero.

—Oscar, en todo esto hay algo que no concuerda.

— ¿A qué te refieres?

—Tú sabes que Monut escondió en lo más profundo de Monzatu a Lee para evitar una posible operación de rescate por parte de los hombres de Undermars. Ni siquiera sus jefes, de la Compañía, saben exactamente el punto, ni cómo llegar hasta allí. ¿Correcto?

—Sí. Monut esperaría la orden de matar a Lee, mediante un mensaje en clave, que los jefes de la Compañía le enviarían a través de los anuncios de la televisión.

— ¿Entonces? —sonrió Glenn—. Ha pasado bastante tiempo. Los de la Compañía han debido considerar que ya es el momento de poner fuera de combate a Lee. ¿Es que no lo han hecho? Monut y sus hombres deben estar ya cansados de esperar en aquel condenado lugar.

Carmody le miró fijamente.

—Esa orden ha sido ya enviada: pero no ejecutada.

Glenn no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—Sí. Nosotros conocíamos la clave, y un día la escuchamos. Pero Monut no la llevó a cabo. Estamos seguros porque no regresó a la base, ni a la Tierra. Tenemos controladas todas las salidas de Marte. Monut sigue en Monzatu. Tal vez su emisor se estropeó o sus unidades de transporte, no sé. Algo, indudablemente, ha debido ocurrir. ¿Un desastre? ¿Han muerto todos, secuestradores y secuestrado? Debemos hallar el sitio, y salir de dudas. Dime, Glenn, ¿has olvidado el camino seguro para ir al centro de Monzatu?

—Estás muy convencido de que te llevaré allí, Carmody —dijo ásperamente, Glenn.

—Nunca he dudado que lo harías.

—Debes pensar que yo poseo un alto concepto del agradecimiento. Además, con tu alocada intervención, has dejado a Diane, a José y mis hombres, en difícil situación.

—Nuestro plan estaba bien trazado, muchacho. Nosotros queríamos inmovilizar al enemigo y sacaros del carguero a todos. Pero el grupo de nuestros hombres que fue alojado en las oficinas me comunicó que tú estabas allí, y tuvimos que precipitarnos. En realidad, todo salió bastante bien. Hemos causado tanto daño en las instalaciones que Aznueta no tendrá el menor inconveniente en escapar. Procuramos no combatir en las inmediaciones del carguero, como habrás comprobado. Para tranquilizarte, te diré que, al marcharnos, dejamos una sonda detectora con tu carguero. Parece ser que José ordenó la partida, hace unos minutos.

— ¿Sabes el rumbo que ha tomado?

Carmody dudó más del tiempo normal que Glenn consideraba en responder:

—Creo que hacia el sur. José es listo, y ha debido pensar que tú con nosotros estás a salvo, y que por ahora el lugar más seguro en Marte es Undermars, puesto que en cualquier momento puede estallar la guerra.

Glenn arrugó el ceño.

—Esa guerra puede evitarse, si nosotros rescatamos con vida a Lee. Con el regreso del jefe de la independencia, los ánimos se calmarán. Lee aconsejará prudencia, pues sabe, si está vivo, que, tarde o temprano, la Tierra y la Compañía dejarán a Marte libre. Claro que...

— ¿Por qué no terminas?

—Me pregunto si tú y tus partidarios no estaréis interesados en que Lee desaparezca, en presentar su muerte diciendo que fue asesinado por la Compañía. Un suceso tal alzaría en armas a todos los nativos, tanto en el norte como en el sur. Incluso los más moderados no lo pensarían en ir a la lucha.

Carmody emitió una risa nerviosa.

—No digas tonterías. Todos queremos salvar a Lee, que regrese al sur. ¿A quién le interesa una guerra?

—No sé. No soy político. Tú hubieras sido el jefe indiscutible, de no existir Lee.

—Pero también soy amigo suyo. ¿Aceptas, entonces?

Glenn asintió.

—Cada vez que te decía que no, pensaba que terminaría aceptando. Ahora no estoy en condiciones de negarte nada, Y estoy deseando saldar la vieja deuda

—Buen chico. –dijo Carmody. Se levanto y golpeó a Glenn afectuosamente en el hombro.

Se marcho de la cabina, dejando a Rulau convertido en el blanco de las miradas de los demás hombres.

CAPÍTULO VIII

Carmody ayudó a Glenn a ajustarse el traje térmico. Aunque ambos podían respirar la atmósfera marciana, allí el aire era demasiado frío, por lo que todos los integrantes de la expedición llevaban mascarillas de oxígeno.

Glenn se volvió y miró a Carmody a través del ligero casco trasparente de plástico. Recordó que la primera vez que estuvo en

Monzatu tuvo que contentarse con los filtros nasales, lo que les proporcionó demasiados problemas.

—Toma —dijo Carmody, entregándole una pistola láser—. Sabes mejor que yo, que un hombre tiene muy pocas probabilidades de éxito de sobrevivir en Monzatu, sin un arma eficaz.

Glenn comprobó que tenía la carga al máximo, y la guardó. Se volvió para inspeccionar a los veinte hombres que les acompañarían, asegurándose de que cada uno disponía del equipo preciso, en perfectas condiciones.

Después de dar su conformidad, preguntó a Carmody:

— ¿Saben esos hombres que alguno o varios se quedarán en el camino?

—Son voluntarios. Todos conocen, por referencias, lo que es Monzatu —replicó Carmody.

—La realidad supera con creces la imaginación de los que han intentado describir esta zona. Adelante.

El transporte se había detenido en un lugar despejado dentro de los límites que se consideraban seguros en Monzatu. Diez hombres quedarían en el interior del aparato en constante escucha, dispuestos en acudir en su ayuda, si era preciso… y posible.

Monzatu era todavía un lugar casi inexplorado en Marte. Todo el mundo sabía que lo mejor era mantenerse alejado de allí. No eran muchos los que habían intentado recorrerlo, y pocos los que regresaron. En Monzatu coincidían los climas más dispares. Los vientos de los desiertos cálidos del sur, con sus tormentas de arena roja, se enfrentaban constantemente con los huracanes helados del ligero casquete polar norte. El terreno era abrupto, plagado de pozos de finísima arena, capaces de tragarse incluso un tractor. Pero lo peor era que la apariencia externa cambiaba constantemente. Donde horas antes existía un pantano de asfixiante calor, con la llegada violenta de los vientos norteños, se convertía en un helado paisaje, de quebradiza superficie, donde la muerte aguardaba abajo.

Únicamente resultaban un poco seguras las montañas, cortadas a cuchillo y con infinitos pasillos que nunca dejaban de estar azotadas por los cambiantes vientos.

Monzatu era todo aquello y mucho más porque nadie podía

afirmar que no existía algo más que todavía no había sido descubierto. Si alguien había encontrado alguna cosa o animal que añadir a la peligrosidad de la zona, lo que fuera había acabado con él y con la remota posibilidad de ser notificado.

Cuando Glenn, Carmody y Monut se adentraron en aquel infierno, lo hicieron eligiendo la época del año en que las tormentas eran más suaves. Pese a todo, estuvieron varias veces a punto de morir. Una noche mientras, confiados, intentaban dormir en una oquedad, a punto estuvieron de ser sorprendidos por las hormigas carnívoras, del tamaño de un pulgar. Pero escogieron el camino seguro de las montañas, alejándose de les valles, en los que pululaban extrañas formas de vida. Inesperadamente, llegaron a un lugar bastante calmado, pétreo y lleno de grutas. Allí descansaron, y fue donde Carmody enfermó. Entonces decidieron el regreso, haciéndolo por un camino que ofrecía aún menos peligros que el usado para la ida.

La columna de hombres inició la marcha, con Glenn al frente. Detrás iba Carmody, mirando a ambos lados con insistencia, y también algunas veces hacia el cielo oscuro, silbante y escarlata.

—No recuerdo el tiempo exacto que tardamos, la primera vez, en alcanzar aquel valle, Glenn —dijo Carmody, a través del comunicador—. ¿Lo sabes tú?

—Aquel camino era demasiado largo —respondió Glenn—. Ahora tomaremos el que usamos Monut y yo para regresar. Creo que, si no sucede ningún imprevisto, llegaremos mañana al anochecer. Esta noche acamparemos en un lugar bastante seguro. Confío en que aún siga en pie. Los movimientos sísmicos suelen ser frecuentes en Monzatu.

Dos horas más tarde, después de cruzar un desfiladero azotado por vientos a más de cien kilómetros por hora, se detuvieron en un recoveco de los montes para tomar algún alimento. Carmody sacó el transmisor e intentó ponerse en comunicación con el transporte.

Después de pretenderlo varias veces, alzó la mirada hacia Glenn, con marcado desaliento.

—No lo comprendo. No contestan.

Glenn no respondió. No encontraba ninguna respuesta. Aquellos transmisores debían funcionar, incluso en aquellas extremas condiciones.

—Me pregunto si tu amigo no habrá cometido una tontería —dijo, al cabo de un rato.

— ¿Te refieres a José? —Por la actitud silenciosa de Carmody, Glenn comprendió que la respuesta era afirmativa—. No hacía falta que me dijeras una mentira. Adiviné que mi carguero venía siguiéndonos. Pero José nunca usará la violencia. A no ser que tú hayas ordenado a tus hombres que actúen contra los míos, apenas aparezcan.

Carmody movió la cabeza negativamente. —No, no lo he hecho. Les dije que, si llegaba tu carguero, que nos esperasen.

—Tal vez no se trate de mi nave, ¿no te parece?

— ¿Quién si no?

—En la Tierra estaba David Sear intentando, por todos los medios, mandarme al infierno. Creo que pensaba venir a Marte detrás de mí.

—También puede tratarse de ese loco de Joffrey Hunt —masculló Carmody—. Quiere, a toda costa, encontrar a Lee, ponerlo bajo su protección, y convertirlo en el perrito obediente que quiso siempre.

Glenn se levantó, bajando la mascarilla. Dijo:

—Debemos seguir, aprovechar las horas de luz. Si no conseguimos alcanzar el refugio antes del anochecer, podemos pasarle mal.

Carmody gritó a sus hombres, quienes fueron poniéndose lentamente en pie, como si lamentaran tener que proseguir la marcha. Cuando estuvieron a punto de iniciarla, el grito del último de ellos les detuvo.

Todos corrieron hacia el lugar donde aquél estaba señalando. Glenn se abrió paso y miró hacia el suelo.

Se trataba de uno de los hombres. Se había mantenido bastante apartado de los demás, eligiendo para sentarse una roca roma y verdosa. Ahora no era nada más que una extraña masa de carne y huesos, que parecía fundirse.

—Debimos prevenirles que rehusaran tocar las rocas verdosas.

Están cargadas de ácido —gruñó Carmody—. Pueden disolver una vaca, sin que ésta lo note. Vamos. No podemos hacer nada por él.

Se alejaron de allí apresuradamente. Se volvieron a encentrar con más rocas de aquéllas, pero nadie se atrevió ni a mirarlas.

—No te sientas culpable, Carmody —le dijo Glenn—. Si existiera un manual para sobrevivir en Monzatu, tendría diez mil páginas. Es nuestra primera baja. Y apenas hemos cubierto la cuarta parte del camino de ida. ¿No has pensado que si los hombres de Monut nos persiguen, no podremos usar esta misma ruta?

Por toda respuesta, Carmody le soltó un gruñido.

El paso se estrechaba, y tuvieron que atarse los unos a los otros. Glenn iba el primero, clavando garras a la pared, profundamente, en los agujeros practicados con el láser. En una ocasión, lanzó una maldición y gritó que todos pasaran rápidamente por el sitio donde había practicado el último agujero. Por suerte, la superficie se habían ampliado, y el barranco quedaba ya fuera de peligro. Cuando se hubieron alejado bastante de allí, Carmody preguntó a qué se debía aquella carrera.

— ¿Recuerdas aquellas hormigas que estuvieron una noche a punto de usarnos como cena? —dijo Glenn, todavía muy pálido—. Pues he tenido la mala suerte de perforar un gigantesco hormiguero, muy cerca de la cámara de la reina. Si nos hubiéramos quedado allí unos minutos, tendríamos sobre nosotros millones de ellas. Al parecer, esas hormigas viven dentro de las montañas. Es lógico, porque son las zonas menos cambiantes de Monzatu. Recuérdamelo para el día que escriba un libro sobre este infierno.

* * *

José había tenido que elevarse demasiado, maniobra inevitable por pilotar una nave construida para navegar entre planetas, no para ir de un lugar a otro, salvando cortas distancias. Tal vez aquella circunstancia les salvó la vida.

Cuando hizo descender el pesado carguero sobre Monzatu, el veloz patrullero de la Compañía ya había terminado su trabajo de destrucción contra el transporte minero de Carmody.

José se volvió hacia sus amigos, diciendo: —Ese patrullero que llegó a Tensig cuando nosotros nos elevábamos ha arribado antes que nosotros, y lanzado una granada contra el transporte. Si había alguien dentro... —movió la cabeza pesarosamente, mirando a Diane.

—No creo que Glenn estuviera todavía dentro. Ni Carmody tampoco. Ellos y algunos hombres debieron ponerse en camino, hace tiempo. ¿Localizas el patrullero de la Compañía? —dijo, Hunt.

—Ha descendido un kilómetro al este de los restos de la nave —dijo Lewis—. Puedo verlo gracias al telescopio de proa, y por medio de luz infrarroja...

Hunt le pidió que le dejara mirar. Después de un minuto, se volvió y dijo:

—Han bajado unos treinta hombres. Después de rastrear los contornos, han tomado un camino hacia el interior de Monzatu.

—Es posible que hayan descubierto algún rastro —apuntó Diane, más animada.

—Sí, eso parece —dijo José, frunciendo el ceño—. Pero si nosotros descendemos, seremos descubiertos. Al menos un hombre debe haber quedado en el patrullero. Incluso puede derribarnos con el láser de a bordo.

—Dos kilómetros al sur existe una masa de hierro —dijo Hunt—. Debe estar volviendo loco el detector del patrullero. Si nos posarnos cerca de esa montaña, pasaremos desapercibidos. No existe mucho espacio llano, José. ¿Podrá posarse allí?

Después de estudiarlo un rato, José asintió.

—Me jugaré el cuello. No tenemos otra alternativa.

* * *

Hunt se mostró severo, a la hora de bajar. Aconsejó que el equipo fuera el adecuado. En el carguero había suficientes mascarillas de oxígeno. Quiso que Diane se quedase a bordo, pero la muchacha se mostró decidida a ir con ellos.

Lewis tuvo que resignarse a no bajar. La tripulación no era muy numerosa, y José insistió en que sólo dos hombres les acompañasen. Porque no disponían de más armas ni equipos adecuados.

Lewis —dijo José—: Si no volvemos dentro de cuatro días, debes marcharte. Hazlo también si te ves en peligro. De todas formas, puedes orbitar y vigilar el lugar; pero únicamente regresa si no existe peligro.

En el exterior, Diane se sintió sobrecogida ante el salvaje paisaje que les rodeaba. El viento ululaba en su entorno, gélido.

—Iremos, primero, a examinar el patrullero, aunque evitaremos acercarnos. Si los hombres de la Compañía han encontrado un rastro, nosotros debemos seguirlos. Así iremos sobre seguro, en este terreno infernal.

Cuando, media hora más tarde, estaban terminando de ascender sobre una cima, Martin, uno de los tripulantes, se volvió para exclamar:

—Corran. Deben ver esto.

Acudieron todos, y siguieron la dirección del brazo de Martín. A unos quinientos metros de ellos, sobre una llanura terrosa, el reluciente patrullero sólo era visible en una tercera parte de su fuselaje.

—Esos idiotas han elegido un pozo cubierto de arena —dijo Hunt—. Al parecer, la superficie estaba helada, y resistió unos instantes el peso de la nave.

A mayor velocidad cada vez, el patrullero terminó de ser engullido en la arena. Vieron una figura saltar por una esclusa situada en la proa, correr unos metros sobre la helada arena y luego hundirse en ella,

—Este es un aviso de lo que nos espera, señores —dijo Hunt, volviéndose a sus hombres. Eran casi todos jóvenes, y estaban intensamente pálidos. Pero ninguno de ellos titubeó, cuando hizo una indicación para que le siguieran.

José caminaba, vigilando a Diane. Se preguntó quiénes eran aquellos muchachos que seguían ciegamente a Hunt. Ninguno de ellos debía tener más de veintiocho años. Aunque parecían impresionados ante el paraje por el que se adentraban, en ningún rostro se refleja

otra cosa que respeto ante Monzatu.

Pronto se convenció José que su inexperiencia ante el lugar la compensaba largamente con una profunda preparación y prudencia. A veces, alguien podía sobrevivir en Monzatu, gracias a su buen sentido común, más que otra cosa.

— ¿Cree que esos desdichados del patrullero habrán tenido tiempo de avisar al grupo que salió hace poco de aquí? —preguntó José a Hunt.

El anciano le respondió con un violento movimiento de cabeza, Al parecer, tenía dificultades en respirar. Hunt había nacido en Marte, pero sus pulmones protestaban ante la frialdad del ambiente. Abrid más la válvula del oxígeno, y replicó a José:

—Si hubieran tenido tiempo, ya estarían regresando. Debe ser David Sear quien está al mando de todo esto. Ese tipo está desesperado. Sabe que, si fracasara, el Consejo de Administración de la Compañía lo destrozará. Será peligroso.

—Entonces, no olvide que ahora sólo queda el carguero para salir de este paraje —dijo Aznueta—. Es lo más valioso que existe en Monzatu.

—Lo sé.

José se adelantó, recomendado a Diane que mirase dos veces el sitio donde iba a poner los pies. Cuando estuvo a la cabeza del grupo, volvió a consultar su detector. El rastro era aún bastante visible. Se sonrió al recordar, antes de bajar del carguero, lo que una vez le dijo Glenn, afirmando que, para permitir ser localizado en un paraje inhóspito, lo mejor era dejar una pistola láser, con una ligera abertura en su cargador. Aquella minúscula radiación permanecía en el camino, por espacio de doce horas. Pero el maldito viento de Monzatu convertía aquel mediodía en apenas tres horas, aunque todavía era suficiente.

Explicó a Hunt que ellos deberían seguir el rastro dejado por Glenn, y no las dudosas huellas del grupo que suponían estaba mandado por Sear.

—Sear y los suyos pueden tomar un camino equivocado, pero nosotros iremos siempre detrás de Glenn —terminó diciendo José—. ¡Atención! ¡Qué nadie toque esas acumulaciones rosadas!

— ¿Qué es? —preguntó Hunt, mirando desconfiadamente las rocas que tenía a dos pasos de él, y que estuvo a punto de usar como punto de apoyo para seguir ascendiendo por la pendiente.

—Abejas venenosas —explicó Aznueta—. Glenn me contó lo que son. Esos insectos sólo vuelan cuando arrecian los vientos cálidos, pero, si se les molesta, acabarían con nosotros.

Al pasar junto a las aglomeraciones rosadas, Hunt pudo observar que, lo que le pareció un conjunto de rocas era, en realidad, un enorme amontonamiento de estáticas abejas, tan grandes como una mano.

* * *

Glenn estaba molesto. Habían perdido tres hombres más. Se sentía un poco culpable, pero se dijo que no podía estar en todas partes. El siempre iba en cabeza del grupo, y todas las bajas se habían producido en la retaguardia.

El refugio que utilizaron al caer la noche era perfecto. Su amplitud y estrecha boca les permitió cerrarla y desembarazarse de les equipos térmicos. Incluso prepararon algo de comida caliente y café. Antes de que los hombres empezaran a echarse a dormir, Glenn les dijo que había que montar guardia en la entrada, añadiendo:

—Yo no conozco todas las desagradables sorpresas que nos puede deparar aún Monzatu. Es mejor estar prevenidos. Montaré la primera guardia, con uno de vosotros.

A una indicación de Carmody, uno de los hombres tomó su fusil y se puso, junto con Glenn, en la puerta, turnándose ambos a cada rato en mirar hacia el exterior.

Todavía no hacía una hora que los hombres dormían profundamente, cuando el seco estampido del láser de Glenn les despertó. Los primeros en acudir junto a la sellada entrada vieron como entre Glenn y el otro guardián ayudaban a entrar en la gruta a un hombre medio inconsciente.

— ¿Qué sucede? —preguntó Carmody—. ¿Quién es ése?

—Que disparen hacia el exterior, contra las masas negras que se aproximan por la ladera —gritó Glenn.

Carmody introdujo su fusil por la abertura, y cerró la boca ante el azote del aire frío. A través de sus gafas infrarrojas percibió en la oscuridad las masas amorfas que ascendían hacia ellos. Apretó el gatillo del láser, y el primer blanco se desinfló como un globo. Dos docenas más de disparos, hechos por los demás, eliminaron aquellos bultos oscilantes. Entonces regresó al interior, en donde Glenn estaba quitando el maltrecho equipo al desconocido.

—Por los demonios, es David Sear —exclamó, al reconocerle.

—Sí —asintió Glenn—. Junto con su grupo, debió ser sorprendido por las amebas negras. Es fácil caer en su trampa porque son silenciosas y casi invisibles a los ojos humanos. Le vimos arrastrarse hacia aquí, y apenas tuve tiempo de liquidar a la ameba que estaba a punto de engullirlo.

—Este tipo estaba en la Tierra —masculló Carmody—. Es posible que llegara a Tensig, desde Cooperville, apenas nosotros nos marchamos. Ha debido estar muy presionado por sus jefes para atreverse a seguirnos hasta aquí. ¿Qué piensas hacer con él? Será una carga para nosotros.

CAPÍTULO IX

— ¿Acaso insinúas que le matemos?... —preguntó Glenn.

—Ha debido llegar con fuerte escolta armada. Sus hombres pueden estar cerca —gruñó Carmody—. Podemos dejarle aquí...

—Los que venían con él cayeron mientras ascendían por la ladera. Debieron descubrir que nosotros estábamos aquí, y decidieron refugiarse. Si le dejamos aquí, mañana estará muerto, cuando sea de día. Las grutas > sólo son buenas usadas en la noche. Por el día, con la luz solar, se llenan de gases venenosos, que se filtran por los tejidos.

—El no hubiera tenido ninguna consideración con nosotros —protestó Carmody.

—Es posible, pero no olvides que luchamos por una causa más noble que la que él defiende. Le llevaremos con nosotros.

—Entonces, partiremos en seguida —dijo Carmody—. Pronto habrá bastante luz. En dos horas podemos estar en camino.

—Los hombres necesitan descanso...

—Dijiste que llegaríamos a nuestro destino al anochecer. Si nos apresuramos, podemos alcanzarlo por la tarde —luego añadió—. Es mi condición para no volarle la cabeza a ese perro.

Sear abrió los ojos y jadeó. Debió comprender que su situación no era tan peligrosa como hacía un rato, aunque sí delicada. Huyendo de aquellos bultos negros que sorbían hombres, había ido a caer en poder de los que había estado persiguiendo. Se preguntó si no hubiera sido mejor acabar en la ladera.

Le desarmaron y empezaron a recoger las cosas desparramadas por la gruta. Antes de ponerse en marcha, Carmody advirtió a Sear:

—Le advierto que no dudaré en disparar, al menor movimiento sospechoso, Sear. Corre el riesgo de quedarse en un rincón de Monzatu, sin mascarilla ni filtros; y usted no está acostumbrado a esta atmósfera.

No se podía pensar en atarle siquiera las manos. Un hombre necesita de todos sus miembros para desplazarse por la accidentada orografía de aquel peligroso contorno.

La tenebrosa claridad del día llegó cuando terminaron de superar una pequeña montaña. Desde allí, vieron la niebla que se desplazaba a girones por los valles, ocultando sus mortales seres.

—Hemos pasado lo peor —dijo Glenn, permitiéndose una sonrisa de satisfacción—. Y nuestra marcha ha sido tan ligera, que me parece que dentro de una hora tendremos a la vista el lugar previsto.

— ¿Es posible? —preguntó Carmody—. ¿No te has equivocado?

—No. En realidad, os mentí al deciros que no podíamos llegar antes del anochecer. Lo hice porque tenía mis dudas del ritmo de marca que desarrollaríamos. Allí están las series de grutas. En este lugar, las emanaciones venenosas que llenan las oquedades en el día no se producen, por lo que son totalmente seguras.

Carmody sonrió.

—Puedo disculparte tu mentira. Estoy deseando volver.

—Ahora es cuando tenemos que ser más precavidos que nunca, Carmody. Tu teoría de que Monut y sus mercenarios hayan muerto, puede no ser cierta.

—Estoy seguro de que no recibieron, al menos, la orden de Cooperville, instándoles a matar a Lee Carty.

— ¿Por qué lo crees así?

—Todavía siguen insistiendo en el mensaje cifrado.

—Puede que sólo se trate de un intento para desconcertarnos.

—No seas maquiavélico, muchacho. Los de la Compañía no pueden saber que nosotros conocemos el sistema.

—Está bien. Pronto lo averiguaremos. Vamos.

Empezaron a descender hacia el valle pétreo. Aquel lugar era un remanso de paz, situado en medio de una gran extensión, plagada de peligros desconocidos en su mayor parte. La escasa vegetación rojiza era igual a la que existía en el resto del planeta. No se veían pozos de arenas ni extraños seres, al acecho de posibles víctimas.

—Monut y yo te llevamos a una caverna grande, que está situada a media altura de ese monte —dijo Glenn, mirando a través de unes binoculares, y señalando hacia delante—. Si Monut eligió la más idónea de todas las que exploramos, debe haber situado allí su base.

El viento incluso parecía haberse calmado, tornándose el cielo más limpio. Avanzaron sin utilizar las mascarillas, Glenn, Carmody y

la mitad de los hombres, los curtidos en Marte, incluso prescindieron de los filtros.

—No existe la menor manifestación de toxicidad en este valle —dijo Glenn—. Tuvimos tiempo de analizar el aire, mientras esperábamos que la fiebre bajara un poco, Carmody.

— ¿Cuánto tiempo estuviste aquí?

—Cuatro días. Ocultos en una caverna cercana a la mayor —Glenn se detuvo para volver a mirar con los binoculares. Sus labios se extendieron en una amplia sonrisa—. No me equivoqué, Carmody. Mira hacia la entrada de la caverna, a unos veinte metros abajo del picacho verdoso.

Después de observarla por unos instantes, Carmody dijo:

—La entrada ha sido modificada por la mano del hombre. Creo ver una especie de esclusa...

—Así es. Creo que no todos los mercenarios de Monut habían crecido en Marte. Tuvo que presurizar el interior de la gruta para hacerla habitable a todos.

—Bien, ha llegado el momento en que tú decides —dijo Glenn. .

—No podemos arriesgarnos a ser descubiertos. Pueden usar a Lee corno rehén. ¿Quieres venir conmigo muchacho?

Glenn soportó la mirada irónica de Carmody. Asintió vigorosamente.

— ¿Por qué no? Seis de tus hombres pueden seguirnos hasta unos quinientos metros de la gruta. Los demás deberán quedarse aquí. Así estableceremos una especie de puente entre todos.

Carmody impartió instrucciones. Al prisionero lo hizo conducir, por el grupo de seis hombres, hasta las proximidades de la entrada de la caverna. Cuando Glenn le preguntó por qué hacía aquello, Carmody respondió:

—He ordenado que si somos sorprendidos tú y yo por los que estén en la gruta, maten a Sear.

Glenn no replicó. Se encogió de hombros, y fue enseñando el camino a Carmody. La ascensión no resultó muy pesada, aunque sí

lenta porque a cada instante se detenían para observar la sellada caverna.

—Cada vez estoy más seguro de que no hay nadie ahí dentro —musitó Glenn.

—No es posible, no es posible —insistía Carmody

La entrada medía tres metros de ancha por dos de alta, y estaba cerrada por una pared de plástico, con una puerta metálica en el centro.

—Esta puerta no ha sido abierta desde hace bastantes días —dijo Glenn, después de inspeccionarla. El suelo delante de ella estaba cubierto de polvo, sin huella alguna de pisada—. Tal vez se hayan marchado...

Carmody había estado poniéndose más nervioso a cada instante. Apuntó hacia la puerta y, con la otra mano, hizo girar la manivela.

La segunda puerta estaba abierta, y los dos hombres contuvieron la respiración, al mirar hacia el interior alumbrado por luces amarillas. Glenn, antes de seguir a Carmody, pasó la enguantada mano sobre la superficie de la pared de plástico. Luego, entró.

Quedóse al lado de Carmody, tan impresionado como éste, observando lo que había en el interior.

* * *

Las quince figuras se movieron sigilosamente. Desde aquella posición, habían visto cómo el grupo mayor se había detenido para descansar en el centro del valle, mientras el resto continuaba hacia la montaña salpicada de grutas.

—Daremos un rodeo, pasaremos lejos de esos hombres, y seguiremos a los que se han adelantado —dijo Hunt.

—Glenn está con ellos, Hunt. No lo olvide —dijo secamente Diane—. Si algo le pasara, le juro que usted lo pagará.

—No tengo la menor intención de convertir este valle en un

campo de batalla —masculló Hunt—. Mi intención es alcanzar la gruta al mismo tiempo que Carmody. Tengo que ver a Lee antes de él.

—Pues tendremos que darnos prisa, señor Hunt —dijo José, bajando, de la altura de sus ojos, los prismáticos—. Seis hombres se han quedado como a medio kilómetro de la entrada de una gruta que parece haber sido convertida en un refugio. David Sear está con ellos. Carmody y Glenn están a punto de entrar ahora.

Hunt soltó una maldición.

—Podemos sorprender a esos seis hombres y a David, y ponerlos fuera de combate, sin que el grueso de los hombres de Carmody se den cuenta. Ni nos verán entrar en la gruta.

Emprendieren una veloz carrera descendente, dando un gran rodeo para eludir a los hombres acampados en el fondo del valle. Protegiéndose por las rocas y matorrales, en poco más de quince minutos alcanzaron las proximidades en donde los seis hombres custodiaban al prisionero, y esperaban instrucciones de su jefe.

—Ninguno de ellos llevan mascarilla, excepto Sear —dijo Hunt, deteniéndose, jadeante. Había sido un esfuerzo excesivo para él—. Los pondremos fuera de combate con una granada anestesiante.

Aznueta se brindó a dispararla. Tomó el rifle, con el adaptador, y se deslizó entre la vegetación. Dos minutos más tarde, regresaba, pálido. Dijo:

—Esos seis hombres están muertos. Ha debido ser Sear. No está.

—No es posible. Sear estaba desarmado. ¿Cómo lo ha conseguido?

Aznueta les indicó que le siguieran. Luego, Hunt pudo comprobar, con sus propios ojos, cómo Sear había matado a los seis hombres. Los cadáveres, despedazados, estaban dispersos.

—Sear tenía oculto un vibrador. ¿Cómo fueron tan estúpidos de no registrarle mejor? —gruñó Aznueta—. Es un arma terrible usada a corta distancia, teniendo un neutralizador corporal.

—Vamos —dijo Hunt—. Sear ha debido subir hace pocos minutos. Si no nos damos prisa, puede convertir el interior de la gruta en un infierno.

* * *

— ¿Qué infiernos ha podido pasar aquí? —preguntó Carmody, susurrante.

Estaban en una estancia natural de unos veinte metros por treinta. Pilas de cajas con alimentos, diversos objetos y ropas, se alineaban en un extremo. En el centro, mesas, sillas y una cocina. Al fondo, una pared cerrada, un pasillo, con una puerta metálica. Lo más impresionante, en medio de aquel silencio, era las figuras esparcidas, todavía conservando su posición primitiva, como si estuvieran en vida.

Glenn se acercó hasta una mesa repleta de aparatos comunicadores. Los probó y dijo:

—Funcionan. Pero no había nadie que recibiera ningún mensaje.

— ¿Qué ha pasado aquí? —repitió Carmody.

—No lo sé... aún. ¿Monzatu? Es posible —se inclinó para ver de cerca a uno de aquellos hombres. Le tomó la mano derecha—. Están muertos, fríos. Pero tienen el aspecto de haber muerto sólo hace unos minutos —retiró la mano, llena de polvo—. Sin embargo, lo que sea, ha debido ocurrir hace al menos un mes.

—Dijiste que este lugar era seguro —le recriminó Carmody—. Algo que existe en Monzatu ha debido entrar aquí. .

—Sólo estuvimos cuatro días. Monzatu cambia a cada instante —replicó agriamente, Glenn—. Aquí está Cari Monut. El también creía haber encontrado un sitio seguro en este infierno, pero se equivocó, al parecer.

—Lee —dijo súbitamente Carmody—. Tenemos que encontrar a Lee.

Ambos se volvieron para mirar la cerrada puerta que había al fondo. Corrieron hacia ella, e intentaron abrirla.

—Está bien cerrada —jadeó Glenn—. Es posible que ahí dentro esté el cadáver de Lee. Lo que haya acabado con esos desgraciados ha debido también cebarse en Lee. Al entrar, descubrí que la pared de

plástico está perforada por millones de pequeños agujeritos. Debieron usar acero también…

—No podemos utilizar las armas para abrir la puerta. Es posible que Lee esté vivo. En todo caso, necesito su cuerpo.

— ¿Un trofeo? —escupió Glenn—. ¿O es que precisas una prueba para que la gente deje de suspirar por su jefe?

—No es el momento, ahora, de discutir. Si Lee ha muerto, es hora que su mito deje de existir. Marte no puede seguir esperando su vuelta.

—Es posible que la llave de esta puerta la tenga Monut.

—Sí. Iré a registrarle.

Carmody regresó al comienzo de la gruta. Empezó a registrar los bolsillos de Monut, que estaba sentado ante un plato lleno de comida podrida. Glenn, desde la puerta de la supuesta celda, le observaba en silencio.

En su nerviosismo, Carmody empujó el cuerpo de Monut. En sus manos tenía un abridor electrónico. Su sonrisa se vio truncada cuando el cadáver cayó de la silla y se golpeó secamente en el suelo. Se rompió en mil pedazos, dentro de la ropa de una sola pieza.

Carmody soltó un grito y saltó para eludir las salpicaduras de aquella carne que parecía cubrir un caparazón de cristal.

No tuvo tiempo para reaccionar. La aparición, en el vado de entrada, de David Sear le hizo olvidar el cuerpo hecho pedazos.

—Sear —musitó Carmody, deteniéndose en su movimiento de extraer la pistola, al ver que David le apuntaba con un pequeño cilindro, pero que reconoció como un mortal vibrador—. ¡Maldito perro! Debí haberte matado.

—Dime dónde está Lee —dijo Sear, descubriendo al fondo de la caverna a Glenn, junto a la puerta,

—Está muerto —silabeó Carmody.

—Tengo que verlo con mis ojos. ¿Detrás de esa puerta?

Carmody estaba nervioso. Dio dos pasos hacia delante, Sear le gritó para que se contuviera, saltó hacia atrás, y apretó el disparador.

El vibrador llenó de ondas mortales la caverna. Carmody gimió y dobló las rodillas. Glenn palideció al ver lo que a él le iba a ocurrir, segundos después. El vibrador avanzaba lentamente, pero resultaba inexorable mientras continuase Sear apretando el disparador.

Glenn empezó a sentir las primeras sensaciones que terminarían destrozando su cuerpo, cuando varias figuras entraron atropelladamente en la caverna. En medio de una neblina dolorosa, vio restallar los láseres.

CAPÍTULO X

Glenn se incorporó rápidamente. Diane fue la primera en llegar a su lado. La tranquilizó con una sonrisa y dijo:

—Habéis llegado en el momento justo. Si ese condenado hubiera usado el vibrador unos segundos más... ¿Cómo está Carmody?

Joffrey Hunt había estado examinando a Carmody, y se acercó hasta donde estaba la pareja, anunciando:

—Está muerto. Recibió demasiado cerca las vibraciones. Sear también ha dejado esta vida. No era nuestra intención matarle, pero al ver lo que estaba pasando, todos disparamos al mismo tiempo. Le hemos perforado por más de seis sitios, y todos mortales.

Miraron hacia la cerrada puerta de acero, sobre la cual estaba apoyado Glenn. José se acercó, con el abridor electrónico que Carmody arrebatara a Monut.

—Esto puede abrirla —dijo José—. ¿Qué ha pasado aquí? Monut, convertido en pedacitos, y los demás no son sino cadáveres huecos...

—Debe tratarse de un extraño virus de Monzatu, que devora los cuerpos interiormente —dijo Glenn, tomando el abridor y probándolo en el alojamiento de la puerta—. No debemos permanecer demasiado tiempo aquí. Es posible que vuelvan, que hagan su recorrido periódicamente. Si Lee Carty... o lo que quede de él no está aquí, nos largaremos en seguida. No olvidemos a los demás hombres de Carmody, que esperan fuera.

—Diré a mis hombres que no luchen contra ellos, que les digan que su jefe ha muerto. Podemos regresar todos juntos al carguero —y explicó a Glenn, rápidamente, que era el iónico medio para salir de aquel condenado paraje que quedaba en Monzatu.

—Han muerto demasiados hombres —masculló Glenn, intentando hacer funcionar el abridor—. Unos para rescatar a Lee; otros para saber si ha muerto, y los demás para matarle. Y eso, sin contar con Monut y sus hombres, que murieron víctimas de algún virus desconocido, mientras esperaban las instrucciones de los mandos de la Compañía para matar a Lee—. El mecanismo de apertura funcionó, y Glenn empujó lentamente la puerta de acero. Añadió—: Y todo para encontramos con un cadáver más: el de Lee Carty.

—Lee no ha podido morir —dijo Hunt gravemente.

Sorprendido, Glenn le dejó entrar primero. El anciano encendió la luz, y luego los demás le siguieron. Estaban en una oquedad de unos cinco metros cuadrados, que evidentemente había sido acondicionada como celda, Unos simples muebles estaban esparcidos. La atención general se dirigió hacia la cama donde una figura yacía.

—Es Lee —susurró Glenn—. Todo ha sido inútil. Tanto esfuerzo para nada.

—Vas a llevarte una sorpresa —dijo Diane a su lado, esbozando una irónica sonrisa.

— ¿Qué quieres decir? —inquirió Glenn, enfadado—. Ese cuerpo está cubierto de polvo, como los demás. El virus también debió infiltrarse hasta aquí...

—Observa —dijo la muchacha.

Glenn miró hacia la cama. Hunt se había arrodillado ante el cuerpo de Lee Carty. Glenn le había reconocido en seguida. Aquel rostro había aparecido miles de veces en la televisión, y en una ocasión le vio personalmente. Aunque no tenía la misma apariencia que los demás hombres devorados interiormente, Glenn estaba seguro de que no era más que un cadáver.

Sin embargo, había algo en Lee que le hacía distinto a los demás muertos. Sus ojos estaban cerrados, como si le hubiera sorprendido la aparición del virus cuando estaba durmiendo. No había en sus facciones ninguna traza de incertidumbre o miedo.

Hunt sacó del interior de su traje una caja metálica plana, que abrió, y cogió de ella unos cilindros finísimos, que brillaban como la plata.

—Vamos, Hunt. Este cuerpo está frío, muerto desde hace muchos días —dijo Glenn—. ¿Es que confía en devolverlo a la vida?

Hunt parecía absorto en su labor, y no escuchó las palabras de Glenn.

—Joffrey nos confió, antes de partir de Tensig, su secreto, Glenn —le dijo Diane—. Lo hizo para que le ayudáramos. Tú verás ahora cuál ha sido el motivo por el que Lee se convirtió en el jefe absoluto de lo independencia marciana, en el ídolo de las multitudes, del cual nadie, podía hablar mal. Es fácil ser perfecto cuando no se es…

Glenn se volvió hacia ella, y Diane terminó la frase:

—Cuando no se es humano, sino un perfecto robot.

En aquel instante, Hunt estaba abriendo una ligera abertura en Lee, a la altura baja de la ingle. Por ella introdujo los cilindros plateados. Cerró lo abertura, y se incorporó, resoplando.

—Ya está —dijo—. Las baterías se agotaron mucho antes de lo que había pensado.

—Entonces… ¿Es cierto que Lee es un robot?

—Siempre lo fue —asintió Hunt—. Pronto se recobrará. Creo que la intervención de ese virus mortal, que acabó con los secuestradores de Lee, ha sido providencial para seguir manteniendo el secreto. Unos días más tarde, y Monut hubiera visto cómo Lee no se despertaba. Entonces habría adivinado que se trataba de un robot, y

regresado, sin esperar instrucciones, a Cooperville, a dar parte a la Compañía. Nuestros enemigos habrían saltado, locos de alegría, porque en unas horas habrían acabado con la revuelta marciana. Incluso la parte independiente, Undermars, habría vuelto a su dominio. A la gente, fiel seguidora de Lee, la noticia de que su jefe era un simple muñeco, la habría desarmado moralmente.

— ¿Por eso quería usted llegar antes que nadie junto a Lee, Hunt?

—Sí. Desde hacía dos años, yo no podía acercarme a Lee para renovarle las baterías atómicas porque no me dejaban. Carmody me apartó de él, pensando que yo quería utilizarle para gobernar Marte, parapetándome tras él como si se tratase de un hombre de paja. Estaba equivocado. Lee puede pensar por sí mismo, discernir entre el bien y el mal, calcular los sucesos por venir mejor que el más calificado de los políticos. Ese era su éxito. Todo lo que prometía lo cumplía, y los problemas que se le planteaban los resolvía mejor que nadie. No tenía competencia. Lee estaba programado para liberar a Marte, pero también para salvar a la Tierra. Este planeta puede proporcionar energía a la Tierra durante siglos, hasta que otros medios sean descubiertos, que sustituyan el mineral marciano. Yo, junto con varios ayudantes, algunos de los cuales están aquí, llegué a la conclusión que si la Compañía Energética continuaba explotando las riquezas de Marte, terminaría adueñándose de la Tierra también, implantando una férrea y tenebrosa dictadura. Consiguiendo la libertad de Marte, pero haciéndola subordinada a la Tierra, los intercambios entra ambos planetas podían ser fructíferos. Pero para conseguir tal cosa, se precisaba un jefe joven, dinámico, que entusiasmase a las multitudes. Primero a las de Marte, y luego a las de la Tierra, cuando éstas comprendiesen que el planeta rojo no iba a ser un enemigo de ellas, sino un aliado. Un político de tal envergadura no podía existir; había que crearlo. Y por esos nosotros creamos a Lee.

—Ahora comprendo por qué su lugar de nacimiento es un misterio. Muchos suponían que había nacido en Marte, que fue minero… —dijo Glenn, sin cesar de mirar el cuerpo aún inmóvil de Lee.

—Sólo un pequeño grupo de personas, mis ayudantes y yo, además de ustedes, ahora, estábamos al tanto del secreto. Por eso yo quería estar siempre al lado de Lee, lo que molestó a muchos hombres del sur y, sobre todo, a Carmody, que siempre se mostró celoso de la confianza que, ante los demás, me demostraba Lee.

—Pero Lee no puede ser eterno...

—Es cierto. Yo me encargaré de irlo envejeciendo —sonrió Hunt —. Por ley, debo morir antes que él, pero confío en mis ayudantes para que continúen mi labor. Llegará el día en que ellos deberán decidir su "muerte". Estoy seguro de que, para entonces, dentro de unos treinta o cuarenta años, las relaciones entre la Tierra y Marte sean tan estrechas que no sea preciso construir otro robot para sustituir a Lee. Mi robot será siempre tan buen gobernante, que ganará todas las elecciones, que el pueblo le suplicará que no abandone el poder.

—Es un proyecto maquiavélico —dijo Glenn.

—Es posible. Pero eficaz.

Unos de los hombres de Hunt entraron en la gruta. Desde fuera de la celda, dijeron a su jefe:

—Hemos convencido a los seguidores de Carmody de que Sear mató a su jefe. También que Lee está vivo, y todos regresaremos al sur, juntos. Vienen hacia aquí —terminó, mirando, ceñudo, el cuerpo todavía inmóvil del robot.

Hunt miró su reloj, y asintió:

—Lee estará perfectamente, en unos segundos. El mismo saludará a esos hombres. Al fin y al cabo, también querían liberarle.

Glenn comprendió el sentido irónico de las palabras del anciano. Pero, tal vez, aquellos hombres que mandaba Carmody no sabían realmente cuáles podían ser las secretas intenciones de su jefe. Ya nadie podría saber si Carmody intentaba eliminar o no a Lee, ignorando que se trataba de un perfecto robot.

—Debió decírmelo en la Tierra —recriminó Glenn a Hunt—. Le habría ayudado.

— Me ha costado mucho decidirme a incluir a más personas en el reducido grupo que están al tanto de la verdadera personalidad de Lee —respondió Hunt—. Quería que me ayudaras sin tener que contarte nada, aunque luego, aquí, lo habrías sabido.

Escucharon ruidos a sus espaldas. Los hombres de Carmody estaban penetrando lentamente en la caverna. Cuando Glenn se volvió, ansioso, hacia el yacente cuerpo de Lee, apenas pudo ahogar

una exclamación de asombro.

Lee estaba de pie, ante la cama, sonriente, de aquella forma tan característica suya, tan popular.

—No sé cómo daros las gracias por haberme liberado, amigos.

Y su voz sonó fresca, agradablemente bien timbrada.

CAPÍTULO XI

Hunt entró, radiante, en la habitación donde Glenn y Diane estaban esperando. Detrás del anciano, vieron a Lee Carty.

—Por el momento, todo ha finalizado felizmente. Lee acaba de firmar el tratado entre Marte independiente, la Compañía Energética y las naciones terrestres. Nos hemos comprometido a suministrar, a menor costo, todo el mineral radiactivo que la Tierra precise. Glenn, tendrás mucho trabajo en los próximos años. Incluso te avalaremos para que amplíes el número de cargueros que tu compañía necesite.

Glenn miró fijamente a Lee. Desde hacía dos meses, después de rescatarle de Monzatu, todas las veces en que había tenido ocasión de verle, siempre intentó descubrirle algún indicio que le confirmase su condición de robot. Siempre fracasó. El condenado Hunt y sus ayudantes habían hecho un trabajo perfecto.

Lee estrechó la mano de Glenn, y éste encontró tibio el contacto de la piel.

—En realidad, es ahora cuando comienza la verdadera labor, convertir en verdad todo cuanto hemos prometido. Si hemos conseguido desenmascarar a la Compañía Energética, en cuanto a sus fabulosos beneficios, tenemos ahora que confirmarlo haciendo que la gente de la Tierra pague menos por la energía que precise, y que nunca les falte. Pero lo mejor de todo es haber conseguido ver libre a Marte, sin apenas derramamiento de sangre.

Glenn recordó el entusiasmo con que la gente del sur, primero, y luego las del norte, recibieron la noticia del regreso de Lee. Bastaron unos ligeros combates para que las fuerzas de la Compañía se retirasen. Cuando quisieron contraatacar, las naciones terrestres lo impidieron, tal vez temiendo que las fuentes energéticas, de las que tanto dependían, peligrasen.

—De acuerdo —dijo Glenn—, Colaboraré con todo entusiasmo, transportando material a la Tierra. Pero, por el momento, se encargará mi socio. Yo quiero tomarme unas vacaciones, con Diane. Creo que nos las tenemos merecidas.

—Por supuesto. Nos volveremos a ver cuando quieran. Ahora, tengo que despedirme. Me aguardan los consejeros.

—Es usted incansable, aunque eso no puede parecerle un halago…

Glenn calló, al interpretar el gesto de Hunt como una advertencia para que no continuase. Arrugó el ceño. Siempre había hablado con Lee en presencia de mucha gente y, por supuesto, nunca insinuó que conocía el secreto. ¿Acaso Hunt no había comunicado al cerebro electrónico de Lee que él sabía que era un robot?

—Dele las alabanzas a mi buen amigo Hunt —sonrió Lee—. El, en verdad, es quien tiene todo el mérito de cuanto hago —y añadió después—: Gracias a sus ánimos, puedo continuar con mi labor. No sé qué haría sin él. Los peores tiempos los pasé cuando algunos inconscientes no le dejaban que se me acercara.

—Gracias, Glenn —díjole Hunt, antes de salir, tras los pasos de Lee Carty.

Cuando estuvieron solos, Glenn comentó a Diane:

—Si no fuera porque vi, con mis propios ojos, cuando Hunt repuso las baterías agotadas en el cuerpo de Lee, pensaría que todo es una broma de mal gusto.

¿Que Lee es humano? —preguntó Diane.

—Sí.

—Olvida eso. Aún no me has dicho qué lugar has elegido para pasar nuestras vacaciones.

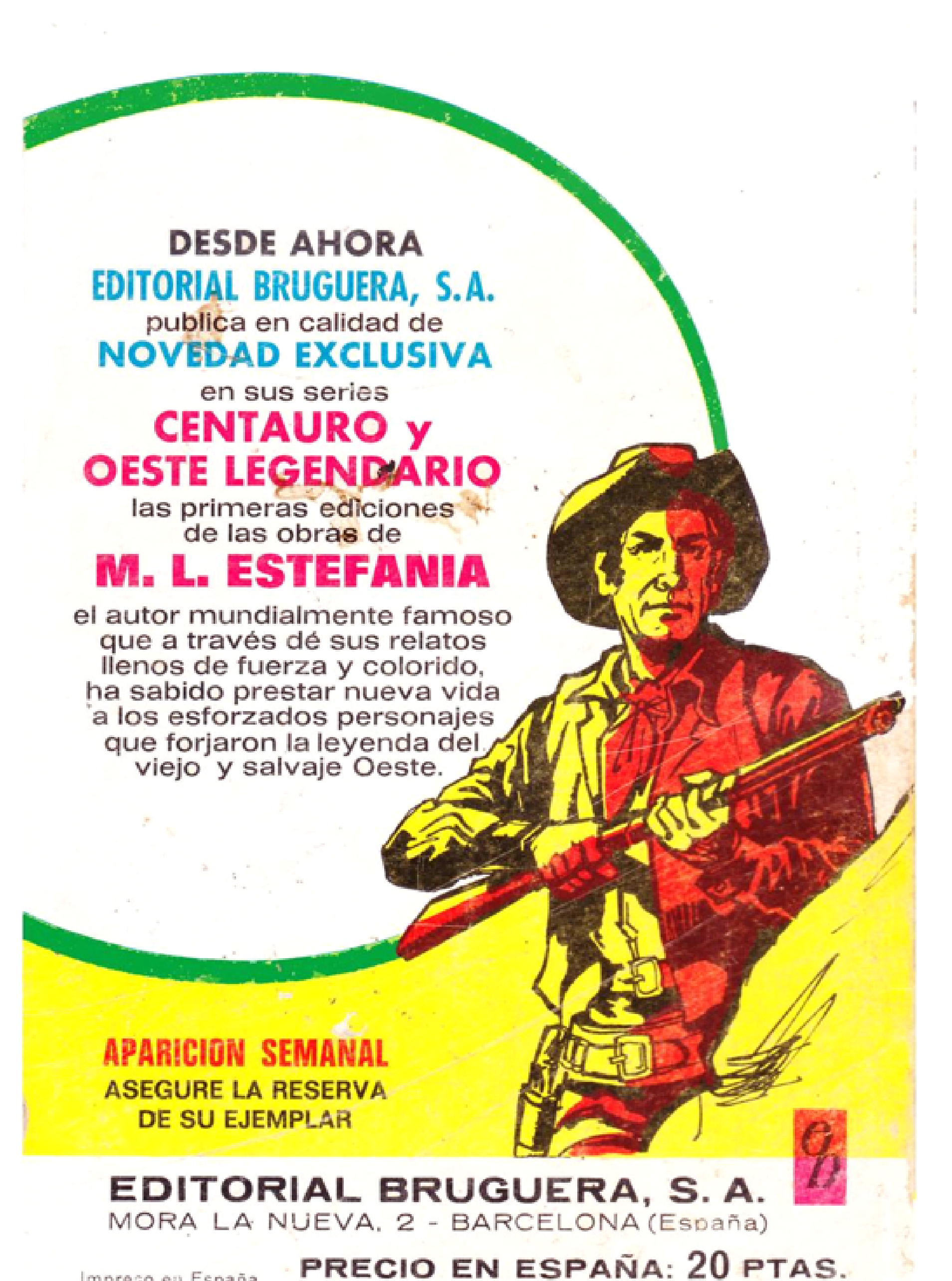
Se asomaron a la ventana. Glenn señaló un puntito brillante en el pardo cielo marciano de la noche.

—Elige tú misma. Yo sólo te propongo la Tierra, Concrétalo tú.

Diane le susurró un nombre en el oído, Glenn sonrió y la abrazó, besándola luego largamente.

—Estoy de acuerdo contigo.

FIN



PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

Impreso en España